



El ídish

es también Latinoamérica

INTRODUCCION Y SELECCION:

Eliahu Toker

Moishe

Pinchevsky

Itsjok

Ianasovich

Leizer

Aijenrand

Kehos

Kliguer

José

Rabinovich

Marcos

Alpersohn

Aarón

Faierman

Itsjok

Berliner

Iankev

Glantz

Moishe David

Guiser

Moishe

Lakietch

Arn

Tzeitlin

Osher

Schuchinsky

Jewel

Katz

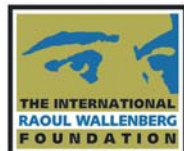
Isaac

Bashevis Singer



D E S D E L A G E N T E

Edición digital exclusiva de



El ídish

es también Latinoamérica

Eliahu Toker

**Ensayos y antología de textos vertidos y compilados por ET.
Ediciones Desde la Gente,
Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Bs.As. 2003**

Introducción

La historia de la conformación de una lengua y la de su articulación con otras lenguas y culturas es siempre fascinante. Y si esto puede afirmarse acerca de cualquier idioma, resulta particularmente cierto en lo que hace al ídish. Sin embargo es notable el desconocimiento que existe en América Latina acerca de la entidad de esta lengua, la de la mayoría de los inmigrantes judíos arribados a este continente desde fines del siglo XIX y en la que desarrollaron una vasta cultura literaria, periodística y política. Más honda es aún, si cabe, la ignorancia acerca de lo creado en ídish en estas latitudes, incluida la mirada particular que sobre Latinoamérica brinda esa creación.

Lo que las presentes páginas se proponen es precisamente organizar una expedición al universo del ídish y al de sus vínculos con la cultura de este continente, aventura ilustrada por una antología de textos literarios vertidos de ese idioma al castellano.

Esta obra incluye también un par de ejemplos puntuales de esa articulación de culturas: La evocación de un trovador popular --creador e intérprete de centenares de canciones en un singular castídish-- y la de un notable prosista ídish, Premio Nobel de Literatura, que anduvo por estas tierras y volcó en algunos relatos su particular visión de las mismas.

Esta obra reúne, ampliados y corregidos, trabajos míos aparecidos en diversas publicaciones a lo largo de los años.

También es mía la versión española de todos los textos literarios que se incluyen, muchos de ellos traducidos especialmente para esta edición.

Eliahu Toker

Nota: La lengua ídish se escribe con caracteres hebraicos, de modo que las palabras y textos ídish incluidos en estas páginas han sido transliterados fonéticamente.

ídish, el país de la palabra

Eliahu Toker

Fragmento de "El ídish es también Latinoamérica"

"Antes de que se reciten los primeros versos de los poetas judíos de Europa Oriental, quisiera decirles, distinguidas señoras y señores, que ustedes entienden mucho más ídish de lo que creen. Si permanecen quietos se encontrarán repentinamente en medio del ídish. y cuando éste se haya apoderado de ustedes --e ídish es todo, palabra, melodía jasídica y el espíritu mismo de este actor judío oriental-- no recobrarán ya la calma anterior..."

Del discurso de Franz Kafka sobre el ídish
presentando en febrero de 1912
a Isaac Löwy, actor trashumante de esa lengua.

Cuando en 1936 tuvo lugar en Buenos Aires el *Congreso Internacional de los PEN clubs*, lado a lado con las delegaciones de Argentina, México, Francia, España, Bélgica o Japón, participaba un representante del "país ídish", el poeta H. Leivik. Hoy, a más de sesenta años de aquel congreso y a más de cincuenta del establecimiento del Estado de Israel, --el Estado de los judíos, cuyo idioma oficial es el hebreo-- la lengua ídish sigue siendo un país cultural sin territorio, un país de la palabra, un país que comenzó a despoblarse dramáticamente a partir del Holocausto nazi que en los años '40 aniquiló la principal judería ídish-parlante, la de Europa Oriental.

Sin embargo nunca contó el ídish con un reconocimiento académico como el que tiene hoy en gran parte del mundo. De las humildes y populosas callejuelas de los ghettos y villorrios que lo empaparon de ternura y espiritualidad; de los hogares y ferias que le dieron sabor y olor; de los conventillos y bajos fondos que lo cargaron de picardía, el idioma ídish saltó a la cátedra de más de medio centenar de universidades, fue declarado por la UNESCO parte del patrimonio de la humanidad e incluso recibió en 1978 el reconocimiento de un Premio Nobel de Literatura en la

persona del narrador Isaac Bashevis Singer. Pero en América Latina y en el mundo de habla hispana en general, el ídish sigue siendo una lengua fantasmal, o casi.

Para el Diccionario de la Real Academia Española --que recién en su última edición se decidió a eliminar las definiciones peyorativas de *judío*, *judiada*, *sinagoga*, *cohén*, etc.-- el ídish sencillamente no existe. También es ignorado por el *Diccionario Ideológico* de J. Casares (G.Gili, Barcelona, 1942), por la Enciclopedia Barsa (Bs.As, Chicago, México, 1964) y por otros once de la veintena de diccionarios y enciclopedias consultados. Y en los que la incluyen, esa ignorancia del mundo de habla hispana respecto de la lengua ídish y de su cultura se vuelve más evidente todavía con sólo prestar atención al caos imperante, primero en la transcripción española de su nombre mismo, y luego, en su definición (1). Lo más usual es encontrarlo escrito según la grafía inglesa: *yiddish*, matizada por una cantidad de variantes. Es sabido que el conocimiento y reconocimiento de una persona, una cultura, una lengua, comienza por nombrarla. ¿Por qué no adoptar para el ídish una transcripción acorde con la lengua española?

Enfrentado al problema y apoyado en una serie de antecedentes y razonamientos (2) opté por la grafía *ídish*. Y no se trata de un debate abierto sólo en la lengua española. En francés sucede algo semejante(3). Se diría que el ídish, este país de la palabra, sin territorio, sin ejército ni policía, sin gobierno ni legitimación política, sigue siendo una lengua irreductiblemente extraña, la extranjera por antonomasia.

Los mil años del ídish

Esa extranjería envuelve al ídish de prejuicios e ignorancias. Están los que lo confunden con el hebreo y los que lo creen un alemán congelado o un alemán venido a menos. La aventura de este idioma, particularmente dramática y creativa, comienza allá por el año mil de nuestra era, con el asentamiento en las márgenes del río Rhin, en la región de Alsacia-Lorena, de unas comunidades judías venidas del norte de lo que hoy es Italia y del sur y centro de la actual Francia. Esos grupos humanos traían lógicamente consigo un léxico formado por expresiones hebreas y arameas de las plegarias cotidianas, de la Biblia y el Talmud, y de una vida pautada por las normas religiosas judías, pero en las regiones de las que venían habían integrado a ese léxico cierto número de vocablos de un itálico y un franco primitivos. Algunas de esas palabras románicas, rodando de boca en boca durante

casi un millar de años, llegaron hasta nuestros días como reliquias de aquella primerísima época del ídish.

Por ejemplo: *fachéile**, ese pañuelo que cubría la cabeza de abuelas y bisabuelas judías, toda una institución, y palabra que evoca de inmediato a las mujeres de los cuentos de Scholem Aleijem, sentadas en la feria o conversando con sus vecinas, andando lentamente por las calles de tierra de una aldea o sobrevolando los cielos de Chagall. Resulta conmovedor comprobar que *fachéile* es una recreación de la itálica *fazzoletto*, rodada de país en país con los judíos, e integrada a la lengua ídish con todo su poder evocador. Lo mismo sucede con algunos nombres de mujer como *Iénte*, *Shpríntse*, *Braine*, de las italianas *Gentile*, *Speranza*, *Bruna*, tal como del franco *Belle* se acuñó en ídish el nombre femenino *Beile*, y de *Bon Homme*, el masculino *Búnem*. Del latín: *bentchn* (bendecir) de *benedicere*; *léienen* (leer) de *legere*, etcétera.

La *n* y *en* finales de *bentchn* y de *leienen* provienen del germánico, ya que en su nuevo asentamiento, en Alsacia-Lorena, entre el Rhin y el Mosela, esta comunidad judía entró en contacto con una de las variantes de la primitiva lengua germana, el medio-alto alemán, del sur y centro de Alemania. A partir de allí, en un proceso que se extendió a lo largo de varios siglos, estos tres componentes --el hebreo-arameo, el románico y el germánico-- fueron combinándose creativamente en boca de aquellos judíos, hasta dar vida a un nuevo idioma, escrito con caracteres hebraicos, el ídish antiguo. Era un ídish europeo-occidental, alsaciano, hablado aún por alguna gente.

Vale la pena acotar que el inglés se conformó por la misma época que el ídish a partir del vecino medio-bajo alemán, de ahí el estrecho parentesco entre tantos vocablos del ídish y del inglés. Listar las semejanzas entre ambas lenguas sería interminable. Pueden resultar ilustrativos, a título de ejemplo, las versiones ídish e inglesa de *mano*, *viento*, *sangre*, *noche*, *madre*, *puerta*:

ÍDISH	hant	vint	blut	najt	muter	tir
INGLES	hand	wind	blood	night	mother	door

Resulta interesante observar las particulares funciones que los componentes germánicos y hebreos asumen en el habla ídish. Los términos provenientes del alemán designan en general, objetos o tareas comunes, mientras que los venidos del hebreo tienen una connotación santificada. Tomando algunos aparentes sinónimos:

buj (del alemán *Buch*) significa en ídish simplemente "libro" mientras que *seifer* (del hebreo *sefer*) significa "libro sagrado"; *lérer* (del alemán *Lehrer*): es "maestro", mientras *melámed* (idem en hebreo) es "maestro hebreo de primeras letras"; *frágue* (del alemán *Frage*) equivale en ídish a "pregunta", mientras *káshe* (del arameo *kashiá*) es "pregunta ritual o talmúdica", por ejemplo, las cuatro preguntas de la noche de Pascua, *di fir káshes*.

El componente eslavo del ídish

Cuando las Cruzadas y demás movimientos agresivos empujaron a gran parte de los judíos de Alsacia-Lorena hacia el este, hacia Europa Oriental, los hablantes de aquel ídish primitivo entraron en contacto con las lenguas eslavas cuyo riquísimo folklore, convertido al judaísmo e incorporado al habla, le agregó al ídish un sabor inconfundible, hondamente comprometido con las emociones y los afectos. Este componente eslavo --sobre todo polaco, pero también ruso, ucranio y checo-- particularmente popular, sabroso y fecundo, fue el cuarto elemento fundante del ídish moderno, y el que terminó de diferenciarlo claramente del alemán y de todos sus demás progenitores. Del eslavo incorporó el ídish, sonidos palatales (*niánie*, niñera; *liálke*, muñeca); interjecciones intraducibles (*nu*, que acepta cien entonaciones distintas significando cien cosas diferentes, como ¡vamos!, ¿y?, ¡adelante!, etc.), o diminutivos de ternura (*góteniu*, Dioscito, no como expresión diminutiva sino de cariño, siendo *Gott*, Dios en alemán, y la terminación *niu*, eslava. Sólo en ídish, mediante una conjunción así, se expresa esta cercanía y familiaridad con lo divino, que no es propia del hebreo ni del románico, y mucho menos del alemán). Sólo sobre este tema de la síntesis espiritual lograda en el ídish con la incorporación de eslavismos, podrían llenarse páginas y páginas. Para ejemplificar agreguemos algunas palabras más, convertidas del eslavo al ídish, y dotadas de un sonido y sabor particulares: *iáshtcherke*, lagarto; *kliámke*, picaporte; *bóbe*, abuela; *paskudniák*, atorrate; *kátchke*, pato; *shmáte*, trapo.

Para cerrar esta referencia a las diferentes confluencias idiomáticas, corresponde señalar la íntima fusión, palabra a palabra y frase a frase, que estas lograron en la lengua ídish. Un ejemplo es el *góteniu* que mencionamos más arriba; para dar un par de ejemplos más: la palabra *shlimazálnik*, desgraciado, es la

conjunción de *shli*, partícula negativa del alemán; *mazl*, suerte en hebreo, y la terminación *nik*, eslava que sirve para atribuir una cualidad a una persona; *póierim*, campesinos, de *poier*, campesino en alemán, y terminación *im* hebrea para el plural masculino; *pénimer*, rostros, donde al revés del caso anterior: *panim*, es rostro en hebreo y *er*, terminación germana para plural. El lingüista Max Weinreich solía citar una frase para mostrar la complejidad de esa fusión: *Nojn bentshn hot der zeide guekóift a séifer* (tras la bendición el abuelo compró un libro sagrado). *Séifer* proviene del hebreo; *bentshn*, del románico; *zeide*, del eslavo; *nojn*, *hot*, *der*, *guekóift*, del germánico.

Hablada hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial por unas doce millones de personas, esta lengua sin territorio propio ni Estado nacional, dio nacimiento a una impresionante literatura, tan rica como poco conocida fuera de sus propios límites idiomáticos.

Luego de una larga Edad Media, con trovadores y poetas religiosos creando en un ídish primitivo, al igual que las lenguas romances en su lucha con el latín, ese ídish -- adoptado masivamente por los judíos de Europa Oriental-- tuvo que enfrentarse con el hebreo de los rabinos ortodoxos y con el alemán de los iluministas. Fue a partir de la segunda mitad del siglo XIX que encontró su propia voz en un conjunto de escritores de altísimo nivel, comenzando por los tres clásicos --Méndele Moijer Sforim, Scholem Aleijem e Itzjok Leibush Péretz-- detrás de quienes surgieron caudalosamente, generación tras generación, como el estallido de una voz largamente contenida, prosistas y poetas, dramaturgos y ensayistas, que expresaron en ídish sus preocupaciones universales con una densidad contemporánea y milenaria.

Conociendo lo producido en lengua ídish en el curso de los últimos cien años, no suena exagerada la propuesta que hiciera después del Holocausto el poeta Méilej Rávich: la de reunir las principales obras de esa literatura y canonizarlas, conformando con ellas una nueva Biblia judía, esta vez en ídish. Pese a que falta la perspectiva que brinda el paso del tiempo, la dramática experiencia judía a lo largo del siglo XX, expresada en ídish por voces de primerísimo nivel poético y literario, tiene efectivamente una clara resonancia bíblica.

El ídish, el hebreo e Israel

Como es sabido, en 1948, al constituirse en Estado tras el Holocausto, Israel adoptó el hebreo como lengua oficial, seguida por el inglés y el árabe como lenguas auxiliares; el ídish quedó reducido entonces, en el país de los judíos, a lengua extranjera. Esta dramática paradoja fue la culminación de una larga pugna ideológica entre el ídish y el hebreo, dos lenguas hermanas.

El escritor israelí Aarón Megued es autor de un ensayo, “Reflexiones sobre dos lenguas”, donde dice: *“Hay momentos en que miro por la ventana hacia la calle y juego con una idea: ¿Qué hubiese ocurrido si toda esta gente en Tel Aviv y en el resto de Israel, los dueños de los negocios, los conductores de taxis y ómnibus, los policías, los soldados, los niños bronceados que vuelven de la playa, los hombres jóvenes en shorts, los niños que juegan a la pelota, los empleados de bancos y correos, si todos ellos hablaran ídish en vez de hebreo en la calle, en sus casas, en el ejército, en el campo, en la fábrica? No dudo que todo sería distinto; el carácter de esta gente sería distinto, sus conceptos, sus modales, sus relaciones, sus actitudes hacia el país, sus actitudes hacia una cantidad de valores. Porque si es cierto que la gente moldea su idioma, es igualmente cierto que un idioma moldea a la gente que lo habla.”* (4)

Pero Israel se constituyó en derredor del idioma hebreo, como resultado de un proceso ideológico complejo y notable, pero frustrante y doloroso para los enamorados de la lengua ídish y su cultura, lengua y cultura que acababan de sufrir pocos años antes del nacimiento de Israel, la tremenda pérdida de la mayor parte de sus hablantes y creadores.

A finales del siglo XIX este par de lenguas unidas por lazos fraternales, el entonces pujante ídish y el hebreo casi reducido entonces a silencio, habían ingresado en un terreno conflictivo. Por esos años la mayor comunidad ídish-parlante --compuesta por más de cinco millones de almas-- estaba concentrada en Rusia(s), y recluida allí por la antijudía legislación vigente a una Zona de Residencia. Su vida, signada ya por una dura pobreza, sometida por añadidura a persecuciones y pogroms, se volvió insoportable. Esa olla a presión produjo oleadas migratorias que llevaron judíos rusos a los Estados Unidos, a Cuba, a Brasil, a la Argentina, y también produjo corrientes ideológicas de diferente signo.

Algunas llamaban a luchar por el logro de una vida digna en el lugar, sea integrados a los movimientos socialistas generales o --según el Bund-- como minoría

cultural judía socialista. Encarando la encrucijada desde una otra perspectiva, los sionistas consideraban la emigración a Palestina y la constitución de un Estado propio, la única solución definitiva para la dramática situación de los judíos rusos y para la cuestión judía en general.

Quienes proponían que los judíos se uniesen a la lucha general por los derechos del hombre y del trabajador, tenían naturalmente por idioma el ruso, pero los bundistas, que llamaban a los judíos a participar, sí, de la lucha general, pero defendiendo sus derechos particulares como proletarios y como judíos, tomaban al ídish de las masas judías por bandera. Los sionistas, por su parte, que soñaban con crear en las históricas tierras de Israel un país nuevo y un hombre judío nuevo, dejando atrás los para ellos despreciables dos milenios de Diáspora, ambicionaban remozar la antigua lengua de la independencia judía, el hebreo.

Esta divisoria de aguas resume uno de los puntos de partida de la pugna ideológica entre el ídish y el hebreo. Desde ya que no todo se dio en blanco y negro. Una parte de los sionistas --que eran también socialistas-- reivindicó al ídish por ser la lengua de las masas judías. Es clásico el caso de Ber Borojov, "el genio de Poltava", ideólogo del sionismo socialista y brillante orador en lengua rusa, que habiendo estudiado ídish sólo para tener un idioma común con el poverriero judío, se enamoró a tal punto de esta lengua que terminó dedicándole notables estudios filológicos.

Las escaramuzas entre el ídish y el hebreo tuvieron lugar en diversos escenarios. Una vez conformada, tras la revolución, la Unión Soviética, consideró al sionismo un "movimiento burgués reaccionario" y sencillamente prohibió el hebreo llevando el ridículo al extremo de castigar las palabras ídish de origen hebreo cambiando su grafía tradicional. Por otra parte, para la población judía de la Palestina preestatal su lucha por el renacimiento del hebreo simbolizaba sentirse continuadores, con la lengua bíblica, de la antigua nación judía independiente, y asimismo lograr la unidad del pueblo judío mediante la fusión, en un idioma común, de hablantes y culturas. Apuntaban a quienes traían un bagaje lingüístico ídish o judezmo, pero también a los portadores de todas las otras lenguas habladas por los judíos que llegaban al Estado judío en ciernes desde todos los rincones de la Diáspora. El costo de esta borratina forzada de lenguas y culturas recién se pudo apreciar en casos arquetípicos, como el de los judíos venidos del Yemen o de

Etiopía, pero eso fue mucho más tarde. En aquella primera época primaba la ilusión de la fusión de diásporas.

Fue recién a partir de la Primera Guerra Mundial y de la tercera oleada inmigratoria a la entonces Palestina, que se impuso la tendencia hebraísta. Pero la Segunda Guerra Mundial, destruyendo físicamente hasta su raíz las principales juderías ídish-parlantes, otorgó una triste victoria a los defensores del hebreo, consagrado como lengua oficial del Estado de Israel.

Sin embargo, pese a la falta de reconocimiento oficial, Israel se transformó en uno de los principales centros de una cultura ídish viviente. Desde las apasionadas diatribas anti-ídishistas de líderes como David Ben Gurión pasó mucha historia. En el ínterin el ídish integró términos, conceptos y expresiones al hebreo, ocupó por derecho propio un lugar destacado en las universidades israelíes, fue incluido como materia optativa en sus escuelas secundarias y su cultura mereció un reconocimiento especial por parte del Parlamento de Israel, todo lo cual no mitiga la difícil situación de esta lengua con más historia, literatura y prestigio que hablantes.

Pero como decía Isaac Bashevis Singer parafraseando a Mark Twain, *“los rumores acerca de la muerte del ídish son muy exagerados. El ídish tal vez esté mal de salud, pero en nuestra historia, entre estar enfermo y estar muerto hay un gran trecho. Por otra parte los judíos suelen sufrir de muchas dolencias, pero la amnesia no es una enfermedad judía.”*

El ídish es también Latinoamérica

Los idiomas son organismos vivos, complejos, dinámicos, impredecibles, y resulta interesante observar qué sucede cuando dos lenguas, dos culturas, se ponen en contacto. Es con esta mirada que intentamos una aproximación a los puntos de encuentro entre el ídish y América Latina, tema que suena tan fascinante como complejo. América Latina sigue siendo un continente amplio, diverso, desconocido, y por añadidura los libros y las publicaciones literarias o periodísticas producidas en ídish en Latinoamérica constituyen un territorio intrincado, donde lo que no está perdido permanece disperso u oculto.

Si una primera aproximación a la presencia del ídish en América Latina consiste en observar la inserción lingüística del ídish en esta parte del globo, posiblemente podamos decir que ocupa muy poco lugar en la lengua coloquial y literaria castellana y portuguesa. No se trata de un caso como el del inglés americano, particularmente el neoyorquino, que adoptó gran cantidad de expresiones del ídish (s), quizás debido al parentesco existente entre esta lengua y la inglesa, pero seguramente más debido al lugar que los inmigrantes judíos de Europa Oriental ocuparon, numérica y culturalmente, en los grandes centros urbanos, generadores de pautas culturales.

Como señalamos más arriba, en el caso del castellano, tanto en América Latina como en España, a juzgar por los diccionarios, el ídish es una lengua inexistente, o casi. En el marco de la literatura latinoamericana, hasta donde pudimos comprobarlo, prácticamente no se incluyen términos tomados del ídish como parte del habla corriente. Cuando aparecen es casi siempre en itálica o entrecomillados y con referencia al mundo judío.

Es lo que sucede, en el caso argentino, en algún aguafuerte de Roberto Arlt (6), torrencialmente en las obras de César Tiempo o de Mario Szichman, y por sólo mencionar algunos ejemplos, en *Caballos por el fondo de los ojos* de Gerardo Goloboff o en *Feigule y otras mujeres* de Cecilia Absatz, en *Músicos y Relojeros* de Alicia Steimberg o en *Grietas como templos* de Arnoldo Liberman, en el *Krinsky* de Jorge Goldenberg o en *Blues de la calle Leiva* de Manuela Fingueret. Con las mismas limitaciones, también se pueden encontrar ídishismos, por ejemplo, en varias obras

del brasileño Moacyr Scliar, en *Las Genealogías* de la mexicana Margo Glantz, en *El rumor del astracán* del colombiano Azriel Bibliowicz, o en *La vida a plazos de Don Jacobo Lerner* del peruano Isaac Goldemberg.

Resulta interesante observar que la transcripción de los términos ídish, en la mayoría de los casos no corresponde a una trasliteración "correcta" --desde lo léxico o gramatical-- sino a un lenguaje familiar recordado, a un sabor oído.

Como parte de la leyenda creada alrededor de la experiencia colonizadora judía en la argentina, abundan los relatos acerca de gauchos que, merced a su intenso contacto con los colonos, aprendieron a hablar, o al menos a comprender, el ídish. En ese sentido existen, desde sabrosas anécdotas contadas por don Máximo Yagupsky, con gauchos discutiendo entre ellos si un vacuno era *kusher* o *treif*, --es decir, apto o no para el consumo, según las normas dietéticas de la religión judía-- hasta ese personaje femenino de *El judío Aarón* de Samuel Eichelbaum.

En el caso del español urbano argentino resulta llamativa la falta, en su lunfardo, de palabras venidas del ídish, pese a la presencia prostibularia ídish-parlante porteña a principios de siglo. En el *Diccionario Lunfardo* de José Gobello (7) sólo encontramos *moishe*, como sinónimo de "judío", y *papirusa* o *papusa*, por mujer hermosa, como deformación de *papjerosy*, "cigarrillo" en polaco y en ídish. Conversando con el mismo Gobello, éste atribuía esa ausencia de expresiones lunfardas provenientes del ídish a que el puñado de rufianes judíos se habría mantenido apartado y a que, según él, eran pocos los inmigrantes judíos que concurrían a los prostíbulos. Habría que investigar qué sucede con el ídish en el argot de otros países de América Latina, como así también qué inserción tuvo y tiene en el lenguaje coloquial y literario de esos países.

Desde ya que hay aspectos que trascienden lo puramente lingüístico. La inmensa mayoría de los primeros inmigrantes judíos llegados de Europa Oriental al Río de la Plata eran de habla ídish, muchos de ellos anarquistas, comunistas o socialistas de diversos matices, por lo que no es de extrañar que "La Protesta", el periódico anarquista de la Argentina, publicara en 1908 una página en ídish, ni que en este país también llevaran entonces sus libros de actas en esa lengua algunos sindicatos. Pero habrá que estudiar todavía, qué de ese espíritu anárquico, familiar y libertario del ídish quedó en la cultura argentina, y qué le quedó de la

importantísima experiencia teatral y periodística ídish de los años '20, '30, '40. Y cómo fue en el resto de América Latina.

En esta búsqueda de puntos de encuentro entre América Latina y la lengua ídish corresponde mencionar, aunque sea tangencialmente, el tema de las traducciones, lugar donde el encuentro entre las lenguas y las culturas se materializa. El argentino Salomón Resnick, redactor de la revista *Judaica*, fue el primero en proponerse la traducción sistemática de textos de la literatura ídish al español, y otros continuaron tras él esta tarea. Pero casi todo lo que vertieron al español o al portugués fueron textos clásicos y en una muy pequeña escala autores ídish latinoamericanos, y eso sólo en los últimos años.

América Latina en ídish

Invirtiendo el espejo, hubo --y hay-- quienes tienden un puente idiomático en la otra dirección, del castellano y portugués al ídish. El periodista y crítico literario Pinie Katz cuenta cómo dio comienzo su tarea de traductor: "*A poco de mi llegada a Buenos Aires encontré en un quiosco de libros usados un tomito de 'Leyendas aztecas' del mexicano Heriberto Frías. Me puse a leerlas y de inmediato me atrapó su desborde de colores como sólo se ve en sueños. (...) Nunca había encontrado hasta entonces tal riqueza de idioma y colorido, salvo en los profetas, en la más poderosa de las lenguas, la bíblica, y no pude vencer la tentación de sentarme de inmediato a volcar esa magnificencia al ídish.*"

Así comenzó Pinie Katz su intensa tarea de traductor llevando al ídish, además del Quijote y de otras obras de autores españoles, el *Facundo* de Sarmiento, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, *Nacha Regules* de Manuel Galvez, *Cuentos de la Selva* y *Anaconda* de Horacio Quiroga, *Los Gauchos Judíos* de Gerchunoff, *Los caranchos de la Florida* de Benito Lynch, *Pago chico* y *La vuelta de Laucha* de Payró, *Huasipungo* de Jorge Icaza y una increíble cantidad de obras más.

El *Martín Fierro* de José Hernandez, pese a lo difícil que resulta volcar a otra su lengua gauchesca, tuvo dos traducciones al ídish, una de Samuel Glasserman y otra del poeta Kehos Kliguer. Y vaya esto como expresión del interés de los inmigrantes judíos por conocer las creaciones literarias de su nueva tierra.

Ensayando otra aproximación a la inserción de América Latina en la cultura ídish se puede observar la manera creativa que encontró el ídish, en estas latitudes, de incluir en su estructura al castellano.

El inmigrante judío recién llegado a las ciudades de América Latina comenzó, en muchos casos, a ganarse la vida como vendedor ambulante, tal como aparece de un modo magistral en *El día de las grandes ganancias*, ese cuento autobiográfico de Gerchunoff, o desde el título mismo en *La vida a plazos de Don Jacobo Lerner*, del peruano Isaac Goldemberg, y en *Cláper* de la venezolana Alicia Freilich.

Alguno comenzó como vendedor ambulante de chucherías (*cachebáchnik*, le decían en ídish en Uruguay), otro vendía de puerta en puerta cortes de tela (*córténik*) y estaba el que cargando sobre las espaldas una gran canasta o una valija, visitaba a las *marías* --que así llamaban en su media lengua a todas sus clientas de los conventillos y los barrios miserables-- y les vendía a crédito colchas, frazadas, ropas y hasta muebles, registrándolo en su ídishñol en unas tarjetas de contabilidad elemental. En el Río de la Plata se lo llamaba *cuénténik* o *cóntenik*, en Brasil, *clientélchik*, en Venezuela, *cláper*. Está demás señalar que el neologismo ídish *cachebáchnik* deriva de cachivache, *córténik* de corte, *cuénténik* de cuenta y *clientélchik* de cliente. Esto en cuanto a las ciudades.

En las colonias agrícolas del interior argentino, la lengua importada por los gauchos judíos se fue enriqueciendo de modo natural incluyendo en su ídish coloquial o en el literario, palabras castellanas referidas al campo, como *peón*, *mate*, *lazo*; pero además conjugando cómodamente, siguiendo las estructuras del ídish, los verbos de su hacer campesino: enyugar, enlazar, cosechar, se volvió así en su habla *enyuguirn*, *enlasirn*, *cosechirn* (8). También en la ciudad, al pasar del castellano al ídish, verbos como atender o cobrar, aparecían en medio de una frase en ídish, como *atendirn*, *cuvrirn*; del mismo modo "se equivocó" era *er hot zij equivoquirt*.

Esta suerte de *castídish* o *ídishñol*, del que se encuentran innumerables ejemplos a lo largo de toda la literatura ídish latinoamericana, incluye una enorme cantidad de sustantivos que cambian por la vocal *e* las terminaciones en *a* u *o*, creando *plase*, *bombiye*, *balnearie*, *camisete*, *coseche*, *conventiye*, *asade*, *quinsene*, *farmasie*, *mercade*, y así hasta el infinito. Sonará cómico, pero esta ídishización del castellano aparecía de manera seria no sólo en el ídish coloquial, sino también en el literario de una cantidad de autores ídish. Por otra parte hubo un cantor, un

personaje de enorme popularidad que durante los años '30 ironizó en el Río de la Plata ese habla gringa. Dedicamos en estas páginas un capítulo especial a las ocurrentes y tiernamente irónicas canciones de Jevell Katz, a sus tangos, rancheras y rumbas en ese peculiar ídish-porteño, para extraer de ellas expresivos cuadros del mundo de los inmigrantes judíos latinoamericanos y afinar el oído a esos creativos enlaces idiomáticos que fueron evaporándose junto con la generación primera.

Desde ya que este encuentro entre el ídish y Latinoamérica no sólo se expresa lingüísticamente. Corresponde detenerse en algunos rasgos de la literatura ídish del continente, pero la mayor parte de las citas y ejemplos van a referirse a la Argentina, en primer lugar porque es, de lejos, el país con mayor producción literaria en ídish, y además porque a lo producido en esta lengua en el resto de América Latina apenas se accede mediante algunas antologías y algunas obras sueltas de determinados autores.

El mencionado periodista y ensayista Pinie Katz incluyó entre sus trabajos un tomo, aparecido en 1947, sobre la literatura ídish argentina, donde sostiene:

"En la Argentina posiblemente sean los judíos el único grupo nacional inmigrante que creó una literatura propia en su idioma. (...) También se escribió y se escribe aquí en otras lenguas extranjeras: italiano, alemán, inglés, francés y ruso, pero sin pretensiones de conformar una literatura aparte, tal como sucede en el caso del ídish." (9)

Ya con anterioridad el poeta Meilej Rávich, tras visitar en 1938 la Argentina, se refirió a lo creado literariamente en ídish en este país, acuñando la expresión: *"Se trata de la rama ídish de la literatura argentina y de la rama argentina de la literatura ídish"*.

¿Qué tiene esta literatura de peculiar? En la primera época expresa la todavía lejana mirada del inmigrante judío sobre su nueva tierra. En su introducción a la primera antología literaria argentina en ídish, *Oif di bregñ fun Plata* (10), el periodista José Mendelsohn, escribiendo en *Buenos Aires*, se refiere a la Argentina como "terra ignota": "Argentina está lejos, lejos del gran mundo judío, lejos de los grandes centros judíos de Europa y de América del Norte, lejanía que se percibe en el concepto que tienen acerca de nosotros, y lejanía que percibimos también en nosotros mismos." (11)

Y más adelante --esto fue publicado en 1919-- decía Mendelsohn: "En el campo se conservó más genuinamente la vida de allende los mares, aunque cambió su contenido. Los pequeños comerciantes y pequeños tenderos, vueltos colonos, atados a la tierra, siguen viviendo una vida judía. Los hijos que se acriollan no tienen todavía una influencia demasiado notoria, en un lugar donde los gauchos hablan a menudo en ídish. Hasta los animales domésticos son los del *shtetl* en un ambiente distinto. *Zaino* y *Lobo* son *Di Kliache*, *Metushelaj* y *Rabchik* de Méndele y Scholem Aleijem, pese a que los primeros nacieron y se criaron entre colonos judíos en Entre Ríos, La Pampa o Moisés Ville, mientras los otros nacieron y se criaron en Kabtsansk y en Kasrilevke. No es poca diferencia, pero no salta a la vista. A veces podría creerse que los colonos los trajeron consigo del *shtetl*, mientras que ese mismo zaino en manos del gaucho es un cimarrón, un rebelde, y el perro del colono judío, en manos gauchas es un animal bravo, prepotente, que no perdona liebre ni zorro." (12)

En muchas de las primeras obras argentinas en ídish se refleja el impacto del encuentro con el paisaje de la nueva tierra, donde el cielo es mucho más azul, el sol mucho más fuerte y hasta las estaciones guardan un orden diferente del de sus países natales, esos que los expulsaron y a los que siguen llamando *di alte heim*, el viejo hogar.

También en los demás países latinoamericanos la fuerza del paisaje y del clima cobran entidad en la poesía ídish, hasta hacerse metáfora. Canta el mexicano Iankev Glantz:

"Rodeada de profundas sombras / la palmera sueña latitudes / estira su cuello de jirafa / para cazar las estrellas / pero el nudo de raíces / la aprisiona a la tierra." (13)

El chileno Itsjok Blumshtein dice ante la cordillera:

"Un luminoso gigante se refugió en la montaña / a flagelarse... / Silencio; este momento es sagrado: / ahí en fila están sus acompañantes / vistiendo blancos camisones nevados..." (14)

Pero no sólo el encuentro con el paisaje natural aparece reflejado en esos textos literarios ídish; también está el impacto del paisaje humano.

El poeta mexicano Itsjok Berliner publica en 1936 su primer poemario, que ilustra Diego Rivera, y que incluye un texto, *Contrastes*, que dice en algunas de sus estrofas:

"Ciudad de palacios, (...)// Tienes en tus tripas monasterios e iglesias / edificios hechos de piedra y de mármol / y calles polvorientas con casitas de barro / sucios agujeros donde la gente vive como gusanos. // Una sogá y un trapo es la cuna de un niño / las camisas que visten son bolsas harapientas / y en palacios de piedra, tras cerrojos de hierro, / pieles femeninas se cubren de sedas // oh, ciudad de palacios..." (15)

El poeta Moishe Dovid Guiser, que vivió tanto en la Argentina como en Chile, pero cuya más importante producción poética es chilena, dice:

"Por las calles de Santiago / pasa silbando un coche / como embrujado por una varita mágica / y chiquitos ofrecen en venta / la más desnuda de las tristezas / con vocecitas trágicas." (16)

Habría que mencionar muchísimos otros textos poéticos en ídish protagonizados por América Latina; quizás el más impresionante sea *Cristóbal Colón*, poema de casi 300 páginas, escrito en 1939 por el mexicano Iankev Glantz, pero el poema, a mi juicio, más potente escrito en ídish acerca de América Latina pertenece a Itsjok Ianasovich, poeta que llegó a Buenos Aires tras la Segunda Guerra Mundial, vivió veinte años en la Argentina y se radicó luego en Israel. Este poema cuya traducción reproducimos íntegramente más adelante, se titula *Lateinamericanish*, "Latinoamericana" (17), y dice en una de sus partes:

"Allí donde cada cual es un señor en su fantasía, / y cada cual posee, en sueños, todo lo que desea, / allí florece el orgulloso árbol de la libertad. // Allí donde el cuchillo responde con agudeza a tu ofensor, / allí donde la guitarra reúne a tus amigos / y ablanda el duro corazón de tu amada, / allí mora la fuente de la dicha. // Incluso si inclinas la espalda sobre un

*campo ajeno / y depositas la cosecha en un granero ajeno, / eres un hombre libre y
nadie
puede forzar tu corazón / para que estime aquello que desprecias. // Oh,
extranjero, / no es
una vergüenza vivir en una jaula de madera y lata; / no es humillante criar hijos
bajo una
enramada; / lo vergonzoso es alquilarse para el trabajo / cuando no se tiene
hambre, /
cuando la botella de vino aún no está vacía / y es posible prolongar aún la dulce
hora del
amor / por toda una jornada de Dios. // Malditos sean los malvados / que
encendieron en
nuestra sangre la envidia / hacia quienes poseen cosas innecesarias / y
conseguirlas exige
trabajar duro la semana entera..."*

Pero no todo es poesía en la literatura ídish latinoamericana. Existe también una importante narrativa ídish acerca de América Latina escrita en este continente, de la que se incluyen en estas páginas a título de ejemplo algunos textos de Marcos Alpersohn, que tienen por escenario el campo argentino, de Osher Schuchinsky, situados en La Habana, y un relato de Aarón Faierman que se desarrolla en la ciudad de Buenos Aires. Pero todo esto es apenas una introducción al tema. Queda pendiente recorrer, por sólo nombrar unas pocas, las obras de José Rabinovich, Berl Grinberg o Nahón Milleritsky acerca de Buenos Aires, las de Boruj Bendersky acerca del campo argentino, la novela de Leib Malaj ambientada en Río de Janeiro, los cuentos de Pinjas Bérniker, los relatos mexicanos de Moishe Rubinshtein o los chilenos de Noaj Vital.

* * * *

El 19 de febrero de 1995 se apagó en Buenos Aires la vida de Shmuel Rollansky, uno de los últimos --si no el último-- de los grandes maestros de la cultura ídish-latinoamericana. Somos muchos aún los que pertenecemos a la generación de sus hijos, a una generación nacida en ídish y educada en castellano; a una

generación que, sin haber sufrido personalmente la Segunda Guerra Mundial quedó, a partir del Holocausto, huérfana de aquella cultura y se considera a sí misma parte de los últimos sobrevivientes de la lengua ídish, parte de aquellos que en las calles de Montevideo o Santiago, en las calles de Caracas o La Habana, en las calles de Lima o Buenos Aires, todavía se estremecen con el olor y el sabor de una palabra en ídish..

Estas páginas pretenden una primera aproximación a un necesario estudio sistemático de lo producido en ídish en América Latina, ese tesoro repleto de vida, oculto en cuartos cerrados que esperan abramos sus puertas de par en par y traduzcamos sus textos secretos. Posiblemente exclamemos entonces con el poeta Jacobo Glatshtein: "*Había tan poco, ¿cómo es que quedó tanto?*" Y podremos decir, parafraseando a Bernardo Verbitsky: *EL ÍDISH ES TAMBIÉN LATINOAMÉRICA*.

NOTAS

(1) La *Gran Enciclopedia del Mundo*, bajo los auspicios de Ramón Menéndez Pidal, (Bilbao, Tomo 19, pp.367) lo transcribe por duplicado: yiddish o jiddish. El *Diccionario Enciclopédico Abreviado* de Espasa Calpe (Barcelona, 1932, Tomo III, pp.1150) también da esas dos opciones pero con una letra menos: yídish o jídish. El *Manual de Español Urgente*, de la Agencia EFE, (Madrid, 1990, pp.215) trae: Yiddish: escribíbase Yídish.

Y éstas son algunas de las singulares definiciones halladas:

"Yiddish: judeo-alemán; idioma de los judíos alemanes (es forma corrupta del hebreo y del alemán antiguo o provincial, hablado por los judíos alemanes, extendida en el East End de Londres", en: *Enciclopedia Ilustrada Sopena*, (Barcelona, 1982, Tomo II, pp.1140).

"Yiddish: llámase así a varios dialectos hebreos de Europa Oriental", en: Alonso, Martín, *Enciclopedia del Idioma*, (Aguilar, 1982, Tomo III, pp.4220).

"Yiddish: lengua de los judeo alemanes", en: Vox, *Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española*, (España, 1980, pp.1647).

(2) Al realizar *El resplandor de la palabra judía, antología de la poesía ídish del siglo XX*, selección y traducción de Eliahu Toker, Ed.Pardés, Buenos Aires, 1981, pp. 17/19 y 326.

(3) El poeta Charles Dobzynski, autor de la más importante antología francesa de poesía ídish viene luchando desde hace años por imponer allí la grafía yidich, a la francesa, pero llamativamente también allí la influencia del inglés en este campo continúa siendo muy intensa. Dobzynski, Charles, *Le miroir d'un peuple, Anthologie de la poesie yidich, 1870-1970*, Gallimard, París, 1971.

- (4) Megued, A., "Reflexiones sobre dos lenguas", *Nueva Sión*, Buenos Aires, 5/VII/1968, pag.7.
- (5) Ver, entre muchos otros: Steinmetz, Sol, *Yiddish and English, A century of Yiddish in America*, The University of Alabama Press, Alabama, 1986, pp. 173.
- (6) Arlt, Roberto, *Nuevas aguafuertes*, Comerciantes de Libertad, Cerrito y Talcahuano, Ed. Losada, Buenos Aires, 1975, pp. 10/14.
- (7) Gobello, José, *Diccionario Lunfardo*, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1982, pp. 138 y 157.
- (8) Alpersohn, Marcos, *Colonia Mauricio*, Comisión Centenario Colonización Colonia Mauricio - Carlos Casares, Buenos Aires, 1991, 402 pp. Introducción, versión española y notas de Eliahu Toker.
- (9) Katz, Pinie, *Ídishe literatur in Argentine* (Literatura ídish en la Argentina), tomo VII de sus Gueklibene Shriftn (Obras Elegidas), Comité Institucional en la Editorial IKUF, Buenos Aires, 1947, 213 pp.
- (10) *Oif di bregn fun Plata* (En las Orillas del Plata), Ed. Ídishe Tzaitung, Buenos Aires, 1919, 194 pp.
- (11) Mendelsohn, José, "Undzer svive un undzer gueshtalt (Nuestro ambiente y nuestra imagen)", *Oif di bregn fun Plata*, op. cit. p.4.
- (12) *Ibidem*, pp. 11/12
- (13) Rollansky, Samuel, *Mexikanish, urugvaish, cubanish antologuie* (Mexico, Uruguay y Cuba en la literatura ídish), Obras Maestras de la Literatura Ídish, tomo 92. Ateneo Literario en el Instituto Científico Judío IWO, Buenos Aires, 1982, p. 22.
- (14) Rollansky, Samuel, *Chilenish antologuie* (Al pie de los Andes. Poesía y prosa ídish de Chile), Obras Maestras de la Literatura Ídish, tomo 54. Ateneo literario en el Instituto Científico Judío IWO, Buenos Aires, 1972, p. 15.
- (15) Rollansky, Samuel, *Mexikanish, urugvaish, cubanish antologuie*, op. cit. p.22/23
- (16) Rollansky, Samuel, *Chilenish antologuie*, op. cit. p. 48.
- (17) Toker, Eliahu (Prefacio, selección y traducción), *El resplandor de la palabra judía, antología de la poesía ídish del siglo XX*, Ed. Pardés, Buenos Aires, 1981, pp. 105/110.

HOGAR

fragmento de un poema de Moïshe Pinchevski (Argentina)

¡Ardiente Argentina! ¡Ardiente Buenos Aires!
Tus estepas son de fuego, de fuego es tu aliento;
de fuego tus mujeres y tus gauchos, de fuego.
Yo busqué amparo y sombra en tu puerto.

Ardiente Argentina de pan y ganado salvaje;
ardientes tus miserias, ardiente tu infortunio.
Cuántos kilómetros cubren tus alambradas,
las que protegen tus campos, tus latifundios.

Pero el ágil caballito del gaucho salta las alambradas
y al galope atrapa un ternero, y con su cuchillo
corta astillas, enciende una fogata...
¡Toda la tierra es del gaucho, sin muros ni cerros!

Toda la tierra es del gaucho, pero él no necesita nada
salvo lazo, cuchillo, caballo y guitarra...
Las extensiones son tuyas, no necesita techo;
pero si roba lo tuyo y lo prenden, es hombre muerto.

¡Gaucho, querido gaucho, rebelde de mañana!
Cuando arremetas desde los caminos vagabundos,
yo me haría gaucho, pero tengo miedo
de que mi padre se ría de mí dentro mío:

--Míralo, míralo al gaucho; míralo al campesino,
con una página del Talmud, infierno y paraíso...
Mis dieciséis años... ¿Acaso he de marchitarme aquí?
¿Moriré en una taberna extrañando a mi abuelo?

Riquísima Argentina, del pan y del ganado,
de las mujeres más hermosas y la más hábil muchachada,
¿de qué te sirve todo eso si tus hijos padecen;
si estás a otros países vendida y alquilada?

Moishe Pinchevski, poeta de lengua ídich nacido en Besarabia en 1894. En 1913 viajó a la Argentina donde permaneció varios años, publicando poemas y cuentos, incluso un poemario en 1918. En 1921 se echó a recorrer América Latina y luego se radicó en la Unión Soviética. Como otros escritores judíos soviéticos, en 1949 es confinado en un campo de concentración donde fallece en 1955.

El poema “Heim”, al que corresponde este fragmento, apareció en el Almanaque de la Sección ídich de la Asociación Ucrania de Escritores Proletarios, Jarkov, 1929.

LATINOAMERICANA

poema de Itsjok Ianasovich (Argentina)

A

Allí donde el idioma se acaricia a sí mismo
en el entrebesarse de palabras;
allí donde la canción es triste y provocativa
como una bailarina de zamba;
allí donde el amor es consagrado
por el sangriento puñal de los celos
y la soledad enciende la ardiente noche del carnaval
en una prolongada violación;
allí, sólo allí plantó el refinado Colón su primera pisada
luego de haber exclamado triunfalmente ¡tierra!

Todo lo que crece en el paraíso crece en Latinoamérica.
Aquí posee el cielo abundantes estrellas para cada rancho.
Aquí tiene la pampa caballos suficientes para cada lazo.
Hasta las bestias que iluminan las tataranieblas del bosque
con la verde fosforescencia de sus ojos,
son sagradas:
en sus entrañas se encuentran los sepulcros de los patriarcas.

Dios detuvo sobre nuestra tierra su tempestuoso carruaje
y ató sus caballos al umbroso ombú.
Nuestros ríos son espejos de la eternidad.
Nuestras montañas son los lechos del tiempo adormecido.
Igual que antaño, hace mil generaciones,
aún viven sobre nuestros cerros
los rojos dioses de los quechuas, charrúas y guaraníes.
En los valles aún hoy se sigue tomando el espumoso mate verde
con el antiquísimo ritual de los aztecas

que perforaban con sus flechas el corazón de la luna
y acumulaban sus fragmentos de oro
en las catacumbas de sus reyes.

B

¿Quién afirma que quienes murieron ya no viven más?
¿Quién asegura que los caídos en batalla
no conducen más guerras?

En Latinoamérica un día recién nacido ya tiene mil años.
Cada ocaso inaugura aquí
una noche más antigua aún que el caos del génesis.
Cada niño es aquí su propio bisabuelo.
En su sangre gime el esclavo y se regocija el esclavizador.
Su cuerpo constituye el campo de batalla
donde vencido y vencedor
se abrazan en la borrachera de la mutua matanza.

Por separado es cada uno de nosotros un águila montaraz
diestro en su sueño-vuelo de rey y dominador,
pero reunidos somos un hato de asnos que cualquier látigo
puede arrodillar y someter.
Orgullo y sumisión, esta es la cruz
que arrastramos camino del Gólgota
para morir en la dulce voluptuosidad de la insurrección.

Oh, no existe mayor placer que el de la rebelión.
No existe, no existe felicidad mayor que la de derribar muros;
muros de palacios, de cárceles y de los propios hogares
construidos por manos heridas
y amasando cuerpos queridos entre los cimientos.

C

Allí donde cada cual es un señor en su fantasía
y cada cual, en sueños, posee todo lo que desea,
allí florece el orgulloso árbol de la libertad.

Allí donde el cuchillo responde con agudeza a tu ofensor,
allí donde la guitarra reúne a tus amigos
y ablanda el duro corazón de tu amada,
allí mora la fuente de la dicha.

Incluso si inclinas la espalda sobre un campo ajeno
y recoges la cosecha en un granero ajeno
eres un hombre libre y nadie puede forzar tu corazón
para que estime aquello que desprecias.

Oh, extranjero,
no es una vergüenza vivir en una jaula de madera y lata;
no es humillante criar hijos bajo una enramada;
lo vergonzoso es alquilarse para el trabajo
cuando no se tiene hambre,
cuando la botella de vino aún no está vacía
y es posible prolongar aún la dulce hora del amor
por toda una jornada de Dios.

Malditos sean los malvados
que encendieron en nuestra sangre la envidia
hacia quienes poseen cosas innecesarias
y que para conseguirlas es necesario trabajar duro
la semana entera...

D

¿Has prestado atención alguna vez al canto de Latinoamérica?
Hace mil años los pueblos de nuestro continente
introdujeron en sus canciones

el clamor por la desdicha presentida. El presentido final.
Por eso se percibe en nuestras canciones
la desolada pena de la extinción;
en nuestros cantos flota, por eso,
el polvo de reinos desmoronados;
y como el humo de una llamarada hace tiempo extinguida
y como la ceniza de un fuego que hace mucho ardiera,
llora en nuestro canto el miedo por un peligro
que, de cualquier forma, ya lo destruyó todo.

E

Oh, qué hermosas son tus playas, Latinoamérica,
cuando cae el sol y tiñe las olas de un color rojo-cobre.
Y qué hermoso, qué hermoso cómo chapotean
en nuestras aguas los tiburones
después de haber destrozado con sus dientes oblicuos
--y devorado ávidamente--
a aquellos que se sublevaran contra el dictador del país.

Oh, heroicos muchachos rebeldes,
oh, luchadores por nuestra libertad;
cuando otro tirano decapite a vuestro verdugo
hemos de cantar en hermosas canciones
vuestras muerte heroica.

Latinoamérica posee la magia de las canciones
que transforman el infierno en un paraíso de cantos.

E

Diez mujeres tuvo el don juan criollo.
En cada caserío donde trabajara una temporada o dos
se tomó una mujer y ella le dio un hijo.
Pero él sabía muy poco de sus hijos

porque cuando se marchaba del caserío
empujado por su afán errante
dejaba los niños en brazos de su madre.

Sólo a una, a la hija menor de su última esposa,
a ella la amaba, la mimaba y hasta le compraba golosinas.
Aunque a la madre la azotara con el látigo
porque su piel ya era tan dura
como el cuero de una vaca vieja
y sus pechos le colgaban hasta las rodillas.

Su hija hubiera cumplido catorce años en otoño,
recién en el otoño venidero, tras la cosecha de la alfalfa.
Pero la desgracia sobrevino ahora,
en plena efervescencia del carnaval,
cuando él la perdió en una apuesta en la taberna
junto con su cuchillo y su rebenque.

Oh, no habrá de evitar la desgracia
aquel a quien la mala suerte le echara el lazo
amarrándolo como a un caballo en la pampa
¡por todas las putas madres hasta la séptima generación!
Menos mal que salvó la guitarra
y ahora, cuando su corazón desborda de pena,
existe el consuelo en la tristeza de la canción.

¡Oh, vida mía, vidalita!
Qué hermosura cuando sus pechos jóvenes
se alzaban como cuernos;
con qué dulzura sus caderas llenas
despertaban una calle entera de muchachos,
¡oh, vida mía, vidalita!

G

Amor es en Latinoamérica profundo y efervescente como el mar.
Amor es en Latinoamérica misterioso y oscuro como la muerte.
Entre nosotros amor y violencia marchan juntos
y tras ellos viene la canción.

¿Oíste alguna vez aquel hermoso canto de amor y traición?
Ella, la bella muchacha, era la mujer de un fiero jaguar;
alguien cuyas charreteras eran de oro puro.
Pero ella amaba al peón, buen mozo,
que atendía a su marido y cepillaba su caballo marrón.

Una noche de luna los olfateó el fiero jaguar entre las hierbas
pero no los mató en cuanto los descubrió.
Largamente los acechó en las sombras del placer,
y recién cuando el amor de ellos
alcanzó el momento en que los instantes crecen como soles
y encienden las tinieblas de la noche,
los consagró con el signo de la cruz
y hundió sus dientes en las dulces carnes
de la traidora mujer
y se emborrachó con la sangre del ardiente muchacho.

Matar por amor y traición
no tiene castigo de ley entre nosotros;
En estos casos Dios mismo es el juez. Sólo él
puede juzgar el corazón del hombre engañado.

Sucedió así: el fiero jaguar tomó luego otra mujer
más joven que aquella muchacha traicionera.
Pero desde entonces no tuvo más un peón para su caballo
e incluso vendió su caballo marrón
cambiándolo por un automóvil nuevo;

un nuevo automóvil *made in usa*,
obsequio del dictador a su fiel general.

H

¿Es éste acaso el fin de la canción?
Oh, no; una canción no tiene fin,
porque donde se clava la aguja: pecado,
sigue detrás el hilo: castigo.

Una noche habrán de sublevarse sus compañeros,
los que están sentados a su alrededor
y han de organizar una conspiración contra el dictador del país
porque a ellos no les obsequió automóviles nuevos,
y entonces ha de recibir ya su paga
por la muerte de la muchacha,
por la sangre del peón
y por los rebeldes que los tiburones devoraran.

Itzjok Janasovich, poeta y ensayista, nacido en 1909 cerca de Lodz, Polonia, participó de los movimientos obreros judíos de esa ciudad. Durante la Segunda Guerra Mundial recorrió Europa Oriental como refugiado hasta recalar, en 1952 en la Argentina. En 1973 se radicó en Israel donde falleció en 1989.
“Latinoamericana” apareció en ídish en “Oif iener zait vunder”, Tel Aviv, Israel, Editorial I.L.Peretz, 1974. En español en *El resplandor de la palabra judía*, de Eliahu Toker, Ed.Pardés, Bs.As., 1981.

LA BALADA DE HUMAHUACA

poema de Leizer Aijenrand (Argentina)

A

¡Vosotras, antiquísimas montañas,
ocres, petrificadas!
En azules mañanas
atraviesa vuestras cúspides desnudas
un sol sangriento.

El oscuro grito de un pájaro sobresalta
las arcillosas chozas amarillas del valle;
la pesada, profunda quietud estival
alienta en el ocre silencio.

B

Humahuaca es antiquísima.
Un millar de ardientes vientos
grabaron a fuego sendas secretas
en el arcilloso rostro reseco
de Humahuaca;
de sus pupilas creó Dios la noche.

De sus dedos, en sueños,
brotan cactus salvajes;
la sed de la tierra arcillosa
le secó el cerebro.
Está dispuesta a morir dos veces
por un trozo de pan negro.

Con los blancos huesos de su asno
alguno le levantó una lápida

a la petrificada montaña;
un vaho de muerte se tiende cada noche
sobre el corazón angustiado de Humahuaca.

Humahuaca se trenza una cuerda
con el ocre silencio estival,
pero severos ángeles
impiden que se ahorque.
¿Quién clama por misericordia
para Humahuaca?

El sol, al atardecer, recoge en su ocaso
las lágrimas de Humahuaca;
las sombras de la petrificada montaña,
huyen como perlas negras
del olor de su cuerpo sudoroso;
Humahuaca quiere morir.

Tilcara, 14 de marzo 1954

Leizer Aijenrand, poeta ídish nacido en 1912 en Polonia. Durante la Segunda Guerra Mundial participó como voluntario en el ejército francés. Tras viajar por numerosos países, incluida la Argentina, se radicó en Zurich, Suiza, donde falleció en 1985. Este texto está tomado de *El resplandor de la palabra judía*, de Eliahu Toker, Ed.Pardés, Bs.As., 1981.

LITTLE ROCK

poema de Kehos Kliguer (Argentina)

Lincoln,
levántate de tu sillón de piedra
y vete hasta Little Rock.
Faubus tortura a tus hermanos liberados.

Yo, un poeta judío
te traigo tristes noticias
de tus hermanos de color
en Noráfrica,
en India,
en Dakar y Medina,
en Barbados y Saint Thomas,
en Trinidad,
en Brasil y en Harlem.

(En Trinidad
vi la escalofriante imagen negra
de un linchado
hamacándose cabeza abajo en un árbol.
Sólo el día lagrimeaba suavemente.

En Santos
vi el torcido rostro muerto
de un negro acuchillado;
el cuchillo clavado en su vientre todavía
y un gato blanco lamía sus entrañas.)

En todas partes oí
el grito de la piel negra.

En todas partes vi
el ardor de la encendida furia negra.

En todas partes oí
su canto, que brota del dolor.
En todas partes vi
la negra llamarada de manos hechas puño:

Oh, valiente leñador,
vuelve tu maciza espalda
hacia la ardiente nube,
la enloquecida turba de Arkansas,
y observa cómo, para vergüenza
de tu enorme país democrático
a la luz del siglo veinte,
arde la hoguera
en la pequeña Little Rock.

Blanco y negro
permanecen tensos en excitada lucha.

Puño contra puño
de hermano contra hermano
en vital pugna de luz y sombra.

Faubus y Eisenhower.
Alambre de púas y bayonetas.
Sangre y lágrimas.
Odio.
Ira.
Furia y dolor en el alto día luminoso
del siglo veinte.

(Y Langston Hughes, de Missouri,
es todavía tu joven alegría rítmica.
El lustroso músculo de acero de Owens
es todavía la gloria de tu fuerza.
Y el arpa vocal de la Anderson
arranca todavía la lágrima y el beso
desde el triste Missisipi
hasta el alegre Hudson.)

Veinte millones de hermanos negros
en tus cuarenta y ocho estados
son cuarenta millones de puños encendidos.
Pero veinte millones de pares de ojos
inyectados en sangre
alzan su fuego hacia ti
en un solo, singular, profundo y rugiente grito:
--¡Poderoso libertador,
ven a liberarnos otra vez!
¡Valeroso redentor,
ven a redimirnos de nuevo!

Lincoln,
baja de tu sillón de piedra
y apúrate hacia Little Rock.
Faubus tortura a tus hermanos liberados.

1960

Kehos Kliguer, poeta ídich argentino, nacido en 1904 en Volín, Rusia. Radicado desde 1936 en Buenos Aires, parte de su obra poética está reunida en una docena de volúmenes. Tradujo al ídich a una cantidad de autores de lengua española, desde Pablo Neruda hasta el “Martín Fierro” de José Hernández. Falleció en Buenos Aires en 1985. Este texto está tomado de *El resplandor de la palabra judía*, de Eliahu Toker, Ed. Pardés, Bs.As., 1981.

CONVENTILLOS

poema de José Rabinovich (Argentina)

Bajo cielos azules,
bajo soles claros,
hay sombríos edificios
dispuestos como mendigos.

Las casas se lamentan:
En ellas cantan niños
con ojos añorantes,
entre ciegos muros sin vidrios.

Las calles de la ciudad
están bañadas de sol
pero estas paredes no dejan
que se filtre un rayito;

los atardeceres vacilan
y el sol no cruza la puerta;
el sol se niega a entrar
a los conventillos.

Una ciudad tan luminosa
y yo andando a tientas.
Para ver su rostro
alzo sobre mi cabeza a mi hijo.

Por la ciudad anda el sol
pero aquí reina el barro.
En fila, como corrales,
casas de lata y sin vidrios.

¿Afuera será de noche?

¿Ya habrá amanecido?

José Rabinovich, prolífico poeta y cuentista ídish nacido en Bialistok, Polonia, en 1903. Se radicó en Buenos Aires en 1924 publicando gran número de textos poéticos y en prosa, primero en ídish y luego en castellano. Falleció en Buenos Aires en 1978.

HACIA NUESTRAS TIERRAS

relato de Marcos Alpersohn (Argentina)

Nadie nos esperaba en la estación ni nos recibió ningún empleado de la empresa colonizadora del Barón Hirsch. El jefe de la estación ferroviaria de Casares, un morocho, alto, de espesa cabellera encrespada, salía a cada rato de la casucha de la estación, sonreía zalameramente a nuestras hermosas mujeres pero, aparentemente, al comprobar que ninguna de ellas le prestaba atención, se enojó, sacudió la cabeza, se encerró en su oficina y no volvió a aparecer.

Aquellos de nosotros que aún tenían en sus bultos algún trocito de pan, se lo comieron. Poco a poco los chicos comenzaron a sentir hambre; la gente se acercó a ese par de pequeños boliches a comprar pan pero descubrió que allí no se vendía este tipo de mercadería... Los ojos se nos salían de las órbitas mirando impacientes hacia todas partes, esperando a quienes debían conducirnos hasta "nuestras" tierras. Pero pasaban una hora tras otra y no aparecía nadie.

La gente comenzó a levantar presión, a enfurecerse; al principio protestaban en voz baja y luego fueron haciéndolo cada vez más ruidosamente y en voz más alta. Puñados de judíos se estacionaron al lado de los rieles discutiendo y gesticulando con pies y manos... El descontento y la desesperación fueron invadiendo los corazones y creciendo de minuto en minuto.

Todos los ojos permanecían clavados en los pastizales. "¡Ya vienen!" imaginaban. Algunos lanzaban por cuenta de los negligentes funcionarios de la colonización gruesas "bendiciones" en ruso... Otros se echaban a andar por los senderitos entre los altos yuyos y maleza pero pronto volvían jadeantes, transpirados y cubiertos de abrojos amarillos.

Así fue estirándose el día hasta eso de las dos de la tarde. De pronto se escuchó el restallar de un látigo y surgió de entre los pastizales una carreta con dos ruedas extrañamente altas, tirada por una decena entera de caballos.

Tras ella otra, y otra, y otra más, hasta ocho, todas sobre esas insólitas ruedas, se estacionaron en fila, a lo largo de la línea ferroviaria.

En ese momento llegó un joven rubio, montando un fuerte caballo salvaje, impartió en castellano algunas órdenes a los morenos conductores de las carretas, y cada uno de los carreros volcó sobre los pastos, desde su alto vehículo, una montaña de duros bizcochos resecos, que durante la colonización cobraron renombre como galletas. Entretanto llegó otro hombre más, joven, blanco como la leche, de rostro suave y movimientos delicados; montando un caballo hermosamente enjaezado, nos saludó en alemán y se presentó como nuestro administrador, señor Guerbil.

-Quien tenga hambre, que tome estas galletas y las coma -nos dijo.

Dado-el hambre que teníamos y también que nuestro pudor ya se había quebrado en la frontera germana -recibiendo el bocado que de lástima nos arrojaron los judíos alemanes- no encontramos inconveniente alguno, y sin esperar que nos insistiesen nos arrojamos atropelladamente sobre esos magros bizcochos, disputándonoslos.

Contemplando esta escena se dibujó una mueca sobre los bronceos rostros de los carreros argentinos, pero cuando notaron que los hambrientos chicos no podían hincar sus dientitos en esas petrificadas galletas, bajaron de sus carretas para enseñarnos cómo había que manejarse con este manjar: las golpearon contra las llantas metálicas de las ruedas y las galletas se quebraron en trozos como vidrio. Pusieron esos trozos en agua para ablandarlos y luego se los entregaron a las hambrientas criaturas, murmurando: "¡Pobres niños! ¡Pobres emigrantes!"

Cuando hubimos acallado el hambre con las remojadas galletas, desde las altas carretas de unos cuatro metros de altura dejaron caer unas escaleras y el administrador Guerbil, tomando en la mano su gorra de doble visera, hizo una caballeresca reverencia ante nuestras mujeres y dijo amablemente:

-¡Ahora, queridas señoras y niños, suban a las carretas para viajar a vuestras tierras, a vuestro hogar!

A los hombres se dirigió luego en un tono bastante diferente:

-Ustedes, futuros colonos, van a tener que hacer el camino a pie. No pudimos conseguir carretas para todos. -Y volviendo su rostro hacia el joven

rubio, le dijo: -Señor Tirachini, encargue usted a cuatro baqueanos que indiquen el camino a los colonos. ¡Adiós colonos! exclamó dirigiéndose de nuevo a nosotros. El señor ingeniero ya va a solucionarlo todo.

Golpeando con las espuelas a los costados de su caballo desapareció rápidamente entre el bosque de pastos y espinos. Como sardinas en un barril metieron a los chicos y a las mujeres en los carros. Los latigazos cortaron el aire con su restallido y los insólitos vehículos con su tropel de caballos partieron llevándose a nuestras familias.

También el rubio ingeniero nos dejó yéndose al boliche, seguramente a comer algo o quizá a mojarse el garguero... Pero, por lo visto, se olvidó de nosotros porque las horas seguían pasando una tras otra mientras los hombres, esperando al lado de la línea ferroviaria, estallábamos casi de impaciencia... Y del ingeniero, ni noticia.

-¿A dónde ir a buscarlo? -nos preguntábamos uno al otro-. Tenemos que arrancarlo del boliche y que nos conduzca, que nos indique el camino - decidimos.

El sol se hundía cada vez más tras la casucha de la estación y la noche caía rápidamente. De pronto aparecieron cuatro jinetes ante nosotros, como caídos de las nubes. ¡Ninguno advirtió de qué lado habían venido!

Eran altos, morenos, con largas, lustrosas cabelleras negras y profundos ojos oscuros y ardientes. Anchos cinturones claveteados con monedas de plata rodeaban sus cinturas y del cinturón, todo alrededor, bajaba un pañuelo de lana envolviendo hasta las rodillas la parte inferior del cuerpo, el chiripá. Sus monturas también estaban cubiertas de adornos plateados y bajo ellas ardían caballos de pura sangre.

Nos saludaron amablemente inclinándose con elegancia, y al divisar a nuestros jasidim con sus largos caftanes, asomó una sonrisa a sus gruesos labios mientras murmuraban con curiosidad:

-¿Curas? ¿Santos?

En seguida apareció también el rubio Tirachini -estaba un poco borracho- y comenzó a dar órdenes con tono prepotente: "¡De a dos en fondo! ¡De a dos en fondo!" Y sentimos que algo se desgarraba en el corazón de cada uno de nosotros.

Como a soldados nos colocó en filas de a dos; como Avrum "el shames del infierno" -sobrenombre que recibiera por su delgadez, estatura y fanática religiosidad- no se tensó en la fila como una cuerda, el alcoholizado ingeniero le dio tal empujón con el pecho de su caballo, que el pobre cayó tendido cuan largo era, mientras el borracho y los baqueanos se reían a las carcajadas, y a mí y a muchos otros se nos llenaban los ojos de lágrimas.

-¡En marcha! -gritó el ingeniero haciendo un movimiento con su mano.

-¡Vamos! -lo ayudaron los baqueanos. y dos de ellos se adelantaron con sus caballos colocándose a la cabeza de la caravana mientras los otros dos se colocaban a nuestros costados. Y la caravana se puso en marcha.

El ebrio ingeniero apuró su cabalgadura, pasó disparando al costado de nuestra larga hilera, y se perdió entre los altos pastizales.

A nuestras espaldas el sol se hundía rápidamente entre los yuyos y sus rojas llamaradas teñían de fuego el campo entero.

Los cuatro criollos, nuestros guías, se hicieron señas entre ellos indicando con la mano hacia Occidente.

-¡Una lluvia! -comentó un viejo campesino judío-. Esta noche va a llover...

Algunos se echaron a reír estruendosamente.

-¡Si todo está tan calmo y cálido que da gusto! Ni una hierbecita se mueve; no hay una nube en el cielo, ¿de dónde saca lo de la lluvia? -preguntó uno en voz alta.

-¡De allí! -respondió el viejo, señalando una angosta faja nublada, que parecía una delgada cinta de seda sobre el borde mismo del cielo, allí donde el sol se estaba hundiendo en la noche.

-¡Vean judíos, ya tenemos un nuevo astrónomo! -se burló Sh- neur Melamed, de Dinivitz- ¿Qué me dicen de este astrólogo de aldea? ¡Muevan las piernas, hijos, que con la ayuda de Dios, todavía vamos a tomar un vasito de aguardiente en nuestro nuevo hogar antes de que llueva!

Y apuramos el paso marchando entre yuyos y matorrales.

EL PAMPERO

relato de Marcos Alpersohn (Argentina)

De pronto sobrevino la noche y bruscamente cayó sobre nosotros la oscuridad.

Los cuatro criollos se detuvieron, bajaron de sus caballos y de debajo de sus monturas sacaron un enorme chai, como un tales¹ con un rajo en el medio, un poncho, y se lo pusieron por la cabeza, como un arbekanfes². Se fumaron unos cigarrillos, volvieron a montar sus caballos y pegados unos a otros salieron cabalgando delante nuestro.

El cielo fue cobrando un color ceniciento, "en algunas partes gris incluso; en seguida fueron cambiando los colores: unas zonas del cielo se volvieron verdes y otras, negras. Comenzó a envolvernos una especie de densa neblina; las tinieblas nos cubrieron y encerraron como entre tenazas. Instintivamente nos apretamos los unos a los otros; nos dominaba cierto terror informe y en seguida escuchamos, efectivamente, un sordo agitarse de los pastizales. Todo el desértico entorno comenzó de pronto a susurrar, a rugir, a estremecerse. Los caballos de los criollos resoplaban con fuerza, mordían el freno y tiraban de las riendas.

-¡El pampero! ¡El pampero! -se dijeron asustados los baqueanos.

Entonces no comprendimos el significado de esa palabra, pero momentos más tarde se nos aclaró su sentido. Desde el noroeste llegó hasta nosotros el bramido de la tormenta. Desencadenado, el pampero tomaba las cabezas de los yuyos lanzándolos con furia unos contra otros, desmenuzándolos y arrojándonos el polvillo contra el rostro... La atmósfera toda estaba estremecida; el viento, descontrolado, aullaba enfurecido y rugía de un modo espantoso... Ráfagas de viento, como oleadas marinas, cruzaban por sobre nuestras cabezas; paja triturada y arena nos golpeaban los ojos. Seguir andando resultaba ya imposible; como obedeciendo a una orden los trescientos errantes nos echamos instintivamente al suelo.

Súbitamente se detuvo el viento y sobrevino un opresivo silencio. Un relámpago atravesó la neblina del cielo y un trueno aterrador estalló

sacudiendo la tierra. Al resplandor del relámpago descubrimos que los encargados de guiarnos se alejaban rápidamente y desaparecían... Shneur Melamed pronunció con voz trémula la bendición del trueno y, como si hubiese sido una señal, comenzaron a oírse, desde todos lados, un trueno tras otro, uno encadenado con el otro, y los relámpagos eran tan seguidos que podíamos vernos nítidamente.

Gruesas gotas de lluvia, cálidas al principio y heladas luego, comenzaron a caer. El viento, que se había acallado por un rato, volvió a soplar con más violencia y furia que antes: bramaba, tironeaba, hacía un ruido increíble y apartaba la lluvia de nosotros...

Una terrible batalla, lucha aérea entre la lluvia y el pampero tuvo lugar por encima de nosotros, venciendo finalmente la lluvia. Un diluvio se descolgó entonces de las nubes y doblgó a la tormenta acallándola.

-¡Vamos! -nos animábamos entre nosotros poniéndonos de pie. La lluvia caía a baldes empapándonos hasta los huesos. Las frazadas de lana del barco, que casi todos llevábamos con nosotros, se volvieron como de plomo. Mojados hasta el tuétano, nos tomamos por grupos de las manos, empujando hacia adelante, hacia las tinieblas. ¿Adonde? ¡No lo sabíamos! Chapoteábamos entre hierbas y arbustos mojados sin senda y sin rumbo.

Acompañados por ininterrumpidos relámpagos y por ensordecedores truenos, nos arrastramos así durante casi una hora, temblorosos y tensos, hasta llegar a un alambrado.

-¡Deténganse! ¡Una pared! se escucharon voces desde las filas delanteras que ya se habían lastimado las narices y golpeado contra los postes.

-¡Cuidado, una pared!

¿Pero quién podía escuchar, algo en medio de ese temporal? La gente empujaba, tropezaba y se lastimaba, sangrando y pisoteada. Fue una suerte que entonces no se utilizara aun alambre de púa, caso contrario las heridas hubiesen sido serias y tal vez hubiese habido incluso que lamentar algún muerto... Todos llegamos, finalmente, hasta el alambrado y nos detuvimos sin saber qué hacer.

En eso oímos un grito: "¡Rusos!" y un agudo silbido de los gauchos atravesó el aire y retumbó en nuestros oídos.

Al resplandor de un prolongado relámpago distinguimos al otro lado del alambrado a dos de nuestros guías, montados tranquilamente en sus caballos, de lo que dedujimos que nuestras tierras debían de ser las que estaban del otro lado del cerco. Presurosamente comenzamos a cruzarlo trepando el metro y medio del alambrado. (¡Tontos gringos, no se nos ocurrió que podíamos pasar por entre los alambres!) Con esfuerzo logramos finalmente llegar al otro lado.

La lluvia seguía cayendo torrencialmente pero nosotros, convencidos de que allí nomás estaba el poblado, nos dábamos ánimo, forcejeábamos con el viento y avanzábamos.

Un par de veces todavía escuchamos el agudo silbido gaucho de nuestros guías -que silbaban del mismo modo que cuando conducían hacienda- y luego no volvimos a escucharlos más.

Aproximadamente una hora más tarde se detuvo el diluvio y una fina llovizna estival lo reemplazó. La gente mayor estaba agotada. La lluvia había empapado los caftanes y las piernas se negaban a seguirlos llevando, de modo que fueron quedando rezagados. Los más jóvenes y fuertes marchaban adelante. ¿Hacia dónde? Directamente en la boca de las tinieblas.

La caravana se fue desmembrando, primero en grandes grupos de treinta, cuarenta hombres; luego en grupos más pequeños y en más pequeños aún, de cinco, seis personas. Así nos arrastrábamos por la estepa. Y un grupito le gritaba al otro: "¡Hep! ¡Hep!", hasta que los grupos se fueron separando y las voces dejaron de escucharse...

Yo iba en un grupo de cuatro. Nos teníamos de las manos y seguíamos andando. Uno de ellos era un shifbrider³ del Tioko y los otros dos habían venido en el Lisboa. Reuniendo nuestras energías seguíamos marchando en la dirección de la que por última vez se había escuchado la voz de los baqueanos. De pronto uno de nosotros se detuvo. No podía dar un paso más; las piernas ya no le respondían...

-Hermanos, por favor, déjenme aquí -rogaba apesadumbrado-, jse me acabaron las fuerzas! -No había terminado de decirlo y ya estaba tendido sobre la hierba mojada.

-¿Pero qué dice, hombre? ¡Ánimo! ¡Ya estamos por llegar a un poblado!

Pero el hombre no se movía del lugar... Entretanto la lluvia seguía azotando y su cuerpo ya estaba como en un lago. ¿Qué hacer? Lo tomamos en brazos y lo cargamos unos cien metros pero era imposible, ¡nos cansábamos demasiado! ¿Qué hacer? ¡No íbamos a dejarlo allí abandonado!

-Escúchenme, hermanos -nos decía el hombre con voz débil- Déjenme aquí; ustedes no pueden ayudarme, siento que las fuerzas me abandonan... Ya tengo más de cincuenta años, no comí durante todo el viaje en barco, también en el Hotel de Inmigrantes la comida era treif^d Hoy ayuné todo el día... Esos bizcochos de Colón, esas galletas resacas no son para mis dientes... ¡Y esta carrera por el desierto terminó de matarme! Saquen de mi bolsillo del pecho una libreta, allí está mi pasaporte, y en la media del pie izquierdo tengo 35 rublos envueltos en un pedazo de hule, que escondí allí para que los malvados del comité de Lemberg no los encontrasen. Me proponía mandar ese dinero a mi mujer y a mis cuatro hijas que se están muriendo, literalmente, de hambre, allí en Rusia. Ahora este dinero va a servir para mis mortajas... -y diciendo esto, el anciano se echó a llorar como un chico.

-¡No tenga miedo, viejito -dijimos los tres a un tiempo-, no va a morirse todavía! Ese dinero, si no se deshizo con la lluvia, aún va a enviárselo a sus cuatro hijas.

-¡Muchachos, hagamos una angarilla y llevémoslo entre los tres! - propuso uno. Tendimos una de las frazadas del barco, lo cargamos dos adelante y yo atrás, y seguimos andando empecinadamente. Entretanto la lluvia se había detenido pero los tres estábamos bañados en transpiración... De pronto subimos a una pequeña loma y uno de nosotros exclamó jubiloso:

-¡Luz! ¡Veo fuego por allí!

Dejamos en el suelo nuestra carga y forzamos nuestras miradas con ansiedad en la dirección señalada. ¡Era cierto! Vimos delante nuestro el resplandor de una fogata. "Un poblado", exclamamos jubilosos.

El viejecito, que parecía un cadáver, revivió al escuchar estas palabras. "¡Estamos salvados!", dijo con alegría y se puso de pie.

Descansamos unos diez minutos y animados de nuevas esperanzas llevamos al viejo por los brazos y nos dirigimos hacia la fogata.

Pronto escuchamos voces: "¡Hulla! ¡Huha! ¡Heehep!" Respondimos y nos encaminamos más presurosamente aún en dirección de las voces.

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Acá estamos! -escuchamos ya muy cerca, y apelando a las últimas fuerzas nos arrastramos hacia aquel lugar.

Notas

- 1) Tales: manto de oradores.
- 2) Arbekanfes: prenda interior usada por los judíos ortodoxos. Cubre el pecho y la parte superior de la espalda, tiene una abertura para introducir la cabeza y flecos en cada una de las cuatro esquinas.
- 3) Shijbrider: literalmente "hermano de barco"; se solían llamar así entre ellos, afectuosamente, quienes habían compartido en un mismo barco la larga travesía del emigrante.
- 4) Treif; no kasher, o sea prohibida por las normas dietéticas judías a causa de la impureza ritual del animal (puerco, mariscos, crustáceos, carroña), purificación impropia de la carne o su contacto con leche o con productos lácteos.

El GAUCHO BARRABUENO

relato de Marcos Alpersohn (Argentina)

Este buen gaucho se merece que dedique unas gotas de tinta a su memoria, y usted, lector de estas líneas, prepárese a conocer el alma noble de un gaucho semisalvaje, dotado de la sencillez de un hombre primitivo, el misterioso Barrabueno.

Tenía unos cuarenta años. ¿Quién puede saber a ciencia cierta la edad de los hijos de la pampa? ¡Ellos mismos tampoco la saben!

Moreno, con un rostro surcado de arrugas, pelo liso y brillante, negro como la cola de su caballo Oscuro. Usaba una larga barba negra y debajo de sus espesas cejas caídas asomaban dos grandes ojos diamantinos, que parecían bañarse en un arroyuelo blanco, rodeado de arenas rojas. Una aguileña nariz judía, un par de gruesos labios carnosos, algo caído el inferior, con una sonrisa constante flotando cordialmente sobre ellos, ese era su aspecto entonces.

Llevaba atada su abundante melena con un pañuelo de un blanco níveo sobre el cual descansaba, cayendo sobre la nuca, su gran sombrero amarillo de ala ancha. Usaba sobre el cuello un pañuelo rayado, como corbata; llevaba sobre la cintura una faja de cuero adornada con monedas de plata; detrás suyo asomaba un largo, filoso facón de mango de plata; caderas abajo estaba envuelto con un chiripá hasta los pies, sobre los que usaba unas medias coloridas y alpargatas blancas.

Estaba sentado sobre su Oscuro con la soberbia y seguridad de un general. Éste era un caballo negro, aterciopelado, fogoso, ágil, de pequeñas orejas y ojos chispeantes, adornado con un hermoso bozal trenzado y una mullida montura española, a cuyos costados colgaban el lazo y las boleadoras. Sobre su espalda colgaban una guitarra, una pavita metálica y un mate con su bombilla.

Su familia consistía de un perrito manchado -que iba acostado delante de su montura- y de una niñita morena, graciosa, de unos diez años, que iba en ancas abrazándose firmemente a él con sus bracitos.

Así, con esa indumentaria, con este patrimonio, entró cabalgando a nuestro grupo.

Me pidió que lo dejase vivir en un rincón del galpón... Allí se instaló Barrabueno; la calavera de una vaca le servía de silla, con yuyos secos que había recogido hizo fuego, y puso la pavita a calentar agua para el mate.

Después de chupar algunos mates, solía tomar en su mano la guitarra y un mar de melodías desgarradoras brotaba de sus dedos morenos y velludos.

Al resplandor de la luna clara, todos los integrantes del grupo nos sentábamos en el galpón alrededor suyo a escuchar embelesados su dulce voz melancólica acompañada por los sones de su guitarra. Sus tristes melodías solían despertar en nosotros nostalgias por el viejo hogar; también transportaban nuestra imaginación hasta el Monte Carmelo, a los campos de Basán y a las calles de la legendaria Belén; a menudo, incluso, nos trasladaban a otros mundos, mucho más elevados, más dichosos y mejores, donde no existía la miseria ni abundaba tanto el dolor y donde reinaban la justicia, la piedad y la amistad...

Cantaba acerca del amor y de la libertad, acerca de los hermosos, verdes, impenetrables, antiquísimos bosques chaqueños, acerca de los famosos héroes nacionales, los generales José de San Martín y Manuel Belgrano quienes liberaron a su muy querida patria del yugo extranjero.

Con infinito cariño trataba a su familia, al perrito y -salvando las distancias- a la chiquilla.

-Huérfana queridita -solía decirle siempre, mientras acariciaba con devoción su largo cabello renegrado, musitando en voz baja-: igual a mi querida Anita, su madre. -Y sus ojos tomaban de inmediato una expresión triste, dolorida.

Se volvía entonces tierno y dulce como un corderito, abrazaba a nuestros niños y los apretaba contra su pecho. Los chicos lo querían muchísimo. En cuanto tenía unos centavos compraba cigarrillos y yerba, pero también confites y los distribuía entre ellos...

Los chicos ya sabían que cuando Barrabueno asaba una mulita o un peludo, o cuando lograba cazar un cervatillo o una martineta, tenían que sentarse alrededor del fuego a compartir con él el asado y tomar algunos mates dulces.

Tal como era suave, noble y delicado con la guitarra en la mano, así se volvía fiero, bravo y ágil blandiendo el cuchillo. Cuando montaba su Oscuro y tomaba el lazo o las boleadoras en la mano, ningún potro o novillo podía escapar por más arisco que fuese. Cualquiera parte de un animal salvaje que le indicasen, el cuello, los cuernos, la pata derecha o la izquierda, allí acertaba el lazo. Barrabueno lo enrollaba, un agudo silbido cruzaba el aire y el animal va se debatía en el lazo.

Nos demostró su destreza con aquella vaca baya a la que nos referimos antes. Con sólo el rebenque en la mano se acercó a aquella vaca salvaje, y cuando ella se lanzó sobre él con la intención de destrozarlo, él saltó a un costado con agilidad de gato, la tomó por un cuerno e instantáneamente estuvo montado sobre ella. La fiera saltaba, se retorció, mugía aterradoramente, escarbaba el suelo con las pezuñas, pero el heroico gaucho, semiacostado sobre ella, le asestaba rebencazos entre las astas, y así pudo finalmente dominarla.

Resultaba de veras impresionante y sorprendente observar la lucha del hombre con el animal. La vaca quedó cubierta con una espuma caliente, y bufando, con toda la lengua colgando afuera, se dejó caer extenuada sobre la tierra. Entonces de un salto se bajó Barrabueno de ella y declaró:

-¡Bueno! ¡Ya es mansa! -y efectivamente esa vaca se volvió serena, contenida, tranquila como un chico. Durante muchos años la ordeñamos y obtuvimos de ella varias generaciones de novillos.

Al principio Barrabueno me inspiraba temor. Su aire taciturno, su silencio permanente, solían infundirme miedo. Todos los descendientes de los indios, seres -según se dice- sanguinarios y ladrones, son conocidos, sin embargo, por su ensimismarse, por su callar... Pero Barrabueno era, también en este sentido, una excepción. A veces se volvía confiado, locuaz; se sentaba con nosotros tomando mate y hablando largamente; contando, como era su costumbre, acerca de la inmensa pampa, de la vida libre en la

selva y en el llano, pero en el medio de una conversación así, se interrumpía de pronto y enmudecía como una roca.

¡Ah, qué espléndidos y excitantes eran sus relatos sobre los misterios de los viejísimos bosques del Chaco, donde había pasado su juventud y donde se encontró, frente a frente, con el jaguar!

-Con el poncho envolviéndome el brazo y el cuchillo en la mano, yo esperaba al fiero y sanguinario jaguar -contaba Barra- bueno-. Y cuando se lanzó sobre mí con un salto felino para clavarme sus garras, no perdí la sangre fría. Tranquilamente sostuve mi cuchillo y, en su salto, él mismo clavó su cruel corazón en el agudo acero... Sin perder el tiempo lo desvestí de su piel manchada, desollándolo...

Fascinados escuchábamos sus descripciones del león sudamericano, el puma.

-¡Ah, patrón! -decía entusiasmado-, ¡Si sólo hubieses visto al puma\
¡Seguro que hubieses admirado a ese animal tan hermoso como digno!
¡Cuando ve a un hombre, abre sobre él sus bellos ojos rojizos, lo observa de pies a cabeza, pero no mueve un músculo siquiera! Permanece ante él con la redonda cabeza alta, erguida, como si dijera: "¡Mira, hombre, observa qué soberbio es el monarca del bosque!" Muy raramente ataca al hombre. Sólo lo hace cuando está terriblemente hambriento o cuando el hombre lo ataca primero.

Era un narrador extraordinario, un hombre de verbo fácil. Pronunciaba cada palabra con claridad y precisión, y cuando no comprendíamos algo, lo repetía y preguntaba luego:

"¿Comprenden?" Y hasta que no le contestábamos: "¡Sí, sí, comprendemos!" no seguía con su relato.

Se lo veía especialmente animado cuando contaba acerca del Río Negro, donde había cazado a su favorito, el Oscuro.

-Yo estaba acostado calladito entre el pajonal -nos contó Barrabueno-, e igual que un tigre acechaba a mi presa. El sol ardía cada vez con mayor fuerza y la sed empujaba a las tropillas de caballos salvajes hacia el río. Un joven potro, de largas crines negras,» con la cabeza estirada hacia el suelo como un arco, se acercó lentamente al río, con la lengua reseca fuera de su

boca. Yo contuve el aliento y esperé. Cuando estuvo muy cerca, al lado mío, pegué de pronto un salto, me tomé de sus largas crines y ya estaba sentado sobre él... El potro comenzó a brincar, a correr enloquecido, a corcovear, a pararse sobre las patas traseras; yo le hacía cosquillas con mi rebenque entre las orejas, le golpeaba la cabeza y le daba a entender que ya era su amo... Hasta que quedó blanco de espuma y sudor, cansado de galopar, agobiado por la sed, entonces se rindió. "¡Manso!", dije. ¡Le puse un freno y basta!

Y en medio de un relato así, de pronto se interrumpía y se quedaba callado... Pero con un silencio que tenía algo de sobrecogedor. Sus ojos negros, algo enrojecidos, solían retraerse bajo sus largas cejas, nublarse, se metía la bombilla en la boca, la mordía con los dientes, y quedaba como petrificado, sin articular palabra... Un silencio mortal se extendía a su alrededor; su fogoso entusiasmo se apagaba y Barrabueno quedaba mudo...

Su silencio me infundía temor. El enorme facón, que siempre asomaba de su cinturón, acrecentaba mi miedo. Mi dolorida alma amasada en el exilio judío solía sobresaltarse: un cuchillo tan grande, un hombre salvaje, solos en el campo en medio de la noche... Yo me apartaba prudentemente dejándolo en su ensimismamiento y me metía en mi casa.

Poco a poco me fui acostumbrando a él y el temor se esfumó. Escuchaba con curiosidad sus Cándidas preguntas.

-Patrón -me preguntó cierto día-, ¿qué es lo que tu amigo Rosenfeld, a quien me enviaste el viernes por la noche en busca de un libro, hablaba con dos panes trenzados?

-Barrabueno, ¿qué tonterías dices? ¿Qué quiere decir que hablaba con los panes?

-¡"Devera", se lo juro patrón! -insiste-. Yo mismo vi la mesa servida, cubierta con un mantel claro. En la cabecera había dos panes blancos y el señor Rosenfeld les decía algo, después cortó esos panes rusos; le dio un trozo a su hijo mayor, Mondik, otro ai menor, Zazie, y también a doña Sara le dio un trozo del pan trenzado. ¿Qué significa todo eso?

-Barrabueno, estaba rezándole a Dios, ¿entiendes?

-¡Qué rusos zonzos! -responde meneando la cabeza-. ¡Hasta al pan le rezan..A ¡No hacen más que rezar! ¡Qué pueblo extraño son ustedes!

Otra vez vio a mi vecino, el sboijet Krell, haciendo la bendición del vino sobre una copa.

-¡Hasta cuando toma caña reza esta gente! -se asombró Barrabueno.

Estaba admirado del modo ritual judío de faenar y miraba al matarife con muchísimo respeto.

-¡Buen matarife! -lo elogiaba-. Degüella con rapidez y tiene un lindo cuchillo.

-¿Por qué no matas tú mismo un animal? ¡Es un verdadero placer, patrón! -intentaba convencerme a su manera.

-¿Un placer derramar sangre? ¿Qué dices Barrabueno? ¿Acaso el animal no siente dolor cuando lo degüellan?

-Bueno, ¿y por qué hizo Dios así su mundo? ¡Si vieres, patrón, allí en la selva; todo vive sólo de sangre, de sangre ajena...!

-En la selva, Barrabueno, es otra cosa. ¡Pero nosotros somos gente, no bestias!

-¡Gente! ¡Dios mío! -replicó sarcástico mientras asía con furia el mango de su facón y dejaba salir, de entre sus dientes apretados, una amarga maldición contra Dios y su madre, como es costumbre en el gaucho. Y en ese mismo momento su sangre india se congeló bajo su piel cetrina y sobrevino el silencio.

-¿Por qué te entristeces tan a menudo? -le pregunté cierto día.

-¡Mi tristeza viene de la soledad, patrón! ¡Oh! -suspiró dolorido-. ¿Puede haber algo peor que la soledad acaso? Sientes que estás siempre solitario, abandonado. ¡No tienes a quién revelar tu pena; no tienes una mano amiga que te acaricie el pelo cuando estás sumergido en pensamientos tristes! No tienes...

-¿Qué sucedió con tu Anita? -me atreví a preguntarle un día.

Al escuchar mi pregunta un temblor cruzó su cuerpo y su mano se aferró instintivamente a la blanca empuñadura de su facón; los ojos se le inyectaron de sangre... Apretó los dientes y se apartó de mí, yéndose en silencio. Nunca más volví a recordárselo.

Unos cinco años estuvo entre nosotros y cierta hermosa noche estrellada desapareció, junto con toda su familia, y nunca volvimos a verlo.

Marcos Alpersohn, nacido en Rusia en 1860 arribó a la Argentina en 1891 integrándose como colono a la colonia Mauricio, en las cercanías de Carlos Casares. Al poco tiempo comenzó a publicar en periódicos del exterior y bajo seudónimo, opúsculos críticos acerca de la JCA. Luego, ya con su propio nombre dio a luz en ídish varios dramas, libros de cuentos, novelas y tres tomos de memorias. Al primero de ellos, (*Colonia Mauricio, memorias de un colono*, introducción, traducción y notas de Eliahu Toker. Carlos Casares, 1991) pertenecen los capítulos que se reproducen. Alpersohn falleció en Buenos Aires en 1947.

UN VISITANTE NOCTURNO

cuento de Aarón Faierman (Argentina)

Don Simón estaba sentado muy tarde en la noche leyendo un libro en su pequeña tienda, ubicada en un perdido rincón de la ciudad. Devoraba página tras página y cada tanto daba rienda suelta en voz alta a su entusiasmo. Desde el otro cuarto, donde dormía la familia, de a ratos lo llamaba su esposa entre sueños: “¡Simón! ¡Simón! ¡Ya es muy tarde!” y seguía durmiendo sin esperar respuesta.

De pronto le pareció a Don Simón que llamaban a la puerta. Pero sabía que de noche había que hacerse el desentendido cuando golpeaban la puerta. Corrían malos tiempos, tiempos de guerra. Todo estaba caro, increíblemente caro; los artículos de la tienda costaban el doble o el triple y el trabajo valía cada vez menos porque los patrones bajaban los sueldos. Ninguna familia podía vivir con un sueldo, e incluso a plena luz del día había clientes que lo miraban como queriendo devorarlo: “¡Todos ustedes tienen siempre la misma excusa para quitarle su centavo al pobre: La guerra..!”

--Mi Dios --solía responder a las clientas-- el mayorista me arranca la piel y ustedes creen que soy yo el que se enriquece. Yo soy apenas un pobre aguatero...

Pero los clientes sólo lo conocían a él e incluso de día era un riesgo estar en la tienda, cuanto más de noche. Hizo, entonces, como si no escuchase los golpes en la puerta y siguió leyendo.

Pero tras el inseguro primer golpe, vino un segundo, y un tercero, y Don Simón pensó: “Tal vez sea un vecino que necesita con urgencia una aspirina”, y se asomó a la sala delantera:

--¿Quién golpea?

Desde afuera le respondió una voz joven, casi infantil:

--Soy yo, Don Simón; y necesito hablar con usted. --Y comenzó a disparar apresuradamente frases entrecortadas desde el otro lado de la puerta, como si temiera que su interlocutor se fuese sin escucharlo.

--Soy de Jujuy... Mi madre, Concepción, me mandó que lo viera... Le ruego que me abra...

Un temblor recorrió el cuerpo de Don Simón mientras abría la puerta. Se acordaba muy bien de Jujuy, y se acordaba muy bien de la gorda cocinera Concepción, y sintió que lo que cruzaba la puerta era la posibilidad de un fenomenal conflicto entre esta visita, él y su familia. Durante un rato permanecieron sentados frente a frente, sin decir palabra, envueltos en el silencio de la noche sólo cortado por los ronquidos de la familia.

El muchacho comenzó en voz baja:

--Durante todo el día estuve dando vueltas alrededor de su tienda, buscando el mejor momento para encontrarlo solo, por eso esperé hasta tan tarde... Mi madre murió hace un mes, y antes de morir me pidió que viajase a verlo, a pedirle... Ella me contó todo...

El joven se sonrojó hasta las orejas sin terminar de decir qué tenía que pedirle ni qué es lo que su madre le había contado. Don Simón hizo un esfuerzo para recuperarse de la inesperada conmoción. Se puso de pie y dirigió a su visitante una cordial sonrisa:

--Bueno, hermano, ante todo preparemos un mate, después vamos a conversar un poco y ver qué se puede hacer.

Y mientras las manos de Don Simón encendían con movimientos automáticos la primus y preparaban el mate, su mente recordaba un pasado no tan lejano.

¡Jujuy, Jujuy, sofocante ciudad norteña! Sus torcidas callejuelas de piedras puntiagudas le freían el cuerpo y lo inflamaban de deseo tropical. Solía pasar días enteros en los cafés, jugando con todo tipo de muchachos a las cartas y ahogando las noches en alcohol; un criollo como cualquier otro. Como ellos había tomado a la cocinera, la gorda Concepción, y vivido con ella.

Convidó al jovencito con un mate amargo, hervido, al estilo jujeño; le hizo un sandwich y se quedó observándolo masticar vorazmente con sus dientes jóvenes y fuertes. Cuando le tocó a Don Simón el tercer mate, el de la calma, comenzó a decir entre sorbo y sorbo:

--Escuchá con atención, hermano, voy a aclararte las cosas. Cuando yo vine al país creí que llegaría lejos, que lo olvidaría todo y me volvería un hombre nuevo. Yo creía que aborrecía mi origen, que odiaba a mi propio pueblo. ¿Cómo puede entender un argentino que se pueda aborrecer al pueblo de uno? Sí, yo odiaba su modo de vida, sus costumbres, y me fui de veras lejos, a Jujuy. Me hice amigo de compadres y copié sus costumbres. Conocí a tu madre, que en paz descansa, y creí que ellos serían mis amigos y ella, mi hogar. Pero pronto me desilusioné. Ellos, mis compañeros, se burlaban de mí a mis espaldas y tu madre... pero para qué seguir; que Dios la tenga en la gloria.

Levantó la mirada hacia el muchacho, que seguía sonrojándose y asentía con la cabeza. Don Simón se acercó a él, le alcanzó otro mate, lo tomó paternalmente de los hombros y como razonando con un amigo más joven le dijo:

--Comprendeme; vos naciste entonces pero yo no podía saber hijo de quién eras. Yo te llevaba en brazos y buscaba en tu rostro alguna huella mía, de mi raíz milenaria. A veces me parecía que este o aquel rasgo tuyo era el que yo buscaba y me sentía dichoso, pero apenas por un momento. Mis amigos, con sus burlas, despertaban en mí todo tipo de sospechas, hasta que un día decidí irme, volver a los míos. Recién entonces sentí que mi odio había sido una fantasía como todas las fantasías juveniles; que al propio pueblo no hay que odiarlo sino amarlo, como a la propia madre. Y que su modo de vida es otra cuestión, que depende de circunstancias a menudo ajenas al pueblo mismo.

El muchacho dejó caer la cabeza con gesto desesperanzado. De pronto sintió que se esfumaba su única esperanza, depositada en ese hombre a quien su madre lo había enviado; sintió que estaba solo en medio de la enorme ciudad extraña, como perdido en el mar. Don Simón notó la tristeza y desesperación que demudaban el hermoso rostro cetrino del joven criollo, y le dijo:

--No te preocupes, hermano; yo voy a encontrar la manera que tu futuro quede asegurado.

Y cuando el muchacho se tendió sobre el lecho improvisado en la tienda, Don Simón lo arropó paternalmente, indicándole: "A mi familia vamos a decirle que tu padre, Anselmo, --acordate, "Anselmo"-- me hizo muchos favores en Jujuy y por eso te mandó a mí. Los detalles ya voy a inventarlos luego yo mismo."

El resto de la noche Don Simón y su esposa ya no durmieron. Don Simón se la pasó contándole qué buena persona era el padre del muchacho y cuántos favores le debía; cómo lo alojó en su casa cuando Don Simón estuvo enfermo y sin un centavo, cómo llamó a un curandero, lo atendió y se preocupó por él como sólo lo hace un padre. Ahora vino a Buenos Aires el hijo de 17 años de este hombre, buscó su domicilio en El Diario Israelita y acudió a él por ayuda, tal como se lo encargó su padre antes de morir. ¿Qué opina ella, Beilke? No se trata de un cualquiera, ¿qué se hace con el joven Juan?

El corazón de Doña Berta se llenó de piedad hacia el joven huérfano, pobre, a solas en la gran ciudad, y respondió maternalmente:

“Esa criatura debería quedarse con nosotros por lo menos hasta que se case y forme su propio hogar, pero tenemos una hija de su misma edad, y no es bueno que compartan la misma casa. Por lo tanto mi consejo es que le pidamos a Don Isaac que lo tome en su fábrica, que le enseñe el oficio y lo aloje en el cuartito que tiene allí arriba. Entonces algo va a ganar y el resto, qué remedio nos queda, vamos a dárselo nosotros hasta que aprenda bien el oficio y se gane lo suyo. Y que todos los domingos los pase con nosotros, como un hijo.”

Era así que los tenderos vecinos se asombraban cuando veían todos los domingos y feriados a ese joven criollo de tez oscura como uno más de la familia de Don Simón, y comentaban: “Un ruso como todos los rusos, ¿qué hace un mestizo en su familia?”

Aarón Faierman, nacido en 1896 en Ucrania, emigró a la Argentina en 1922. Publicó una novela y un volumen de cuentos, "Tsvei Shtromen" (Dos corrientes), al que pertenece el que se incluye en estas páginas.

CONTRASTES

fragmento de un poema de Itsjok Berliner (México)

Tú, ciudad de palacios, caja de piedra
plantada en un valle envuelto por montañas;
tus vísceras son una tierra de contrastes salvajes
de ahíta alegría, de soledad y de hambre.

En impetuosa carrera, por tus empedradas calles
corren personas, tranvías y autos
pero tienes callejuelas hechas basurales
por las que se arrastra el día envuelto en trapos.

Tienes en tus tripas monasterios e iglesias,
edificios levantados en piedra y mármol
y calles polvorientas con casitas de barro,
agujeros donde las gentes viven como gusanos.

Una sogá y un trapo es la cuna de un niño,
las camisas que visten son bolsas harapientas
y en palacios de piedra, tras cerrojos de hierro,
pieles femeninas se cubren de sedas...
Oh, ciudad de palacios...

Itsjok Berliner, poeta mexicano nacido en 1899 en Lodz, Polonia y emigrado a México en 1919. Estas estrofas pertenecen a su primer poemario, aparecido en 1936 con dibujos de Diego Rivera.

ALDEA INDÍGENA

poema de Iankev Glantz (México)

Una casucha en una cueva,
como una herida abierta.
Niñitos vacíos, de cuerpios mustios,
como gusanitos se arrastran
por las puntiagudas piedras.
Viejas mujeres,
sentadas sobre tejidos de paja
como anudados ovillos de trapos,
ríen entre dientes
en una lengua indígena
extrañamente blanda.

Semidesnudos indios de cobre,
con achinados ojos, anchas narices
y labios carnosos,
saltan como duendes
por los soleados campos de maíz
con pasitos cortos.
En el blando valle aterciopelado,
una india canta tristezas
de una reina azteca...

El sol se dejó caer tras las montañas
y sin encontrar su camino
se quedó dormido en los valles
como un niño...

1931

PASOS EN LAS MONTAÑAS

poema de Iankev Glantz (México)

México,
mis ojos no se cansan
de mirar tus agrestes paisajes.
Son como un manantial
que se bebe a sí mismo
sin secarse nunca...

COMO RAMAS SECAS, TU IRA

poema de Iankev Glantz (México)

¡México, tu día tropical arde
como las llamas en un ramaje seco!
Y cuando cae la noche
y la ciudad se enciende con fuegos festivos
como amapolas recién florecidas
en un campo primaveral,
se arrastra sarnoso, abandonado,
como un chico sin madre,
sin saber dónde apoyar su cabeza.

Entonces tu miseria se arrebujá de frío
en medio de avenidas de luminosos palacios,
de tantos magnates extranjeros,
y en medio de prostíbulos, cabarés, catedrales.

Pero en alguna parte, en oscuras casuchas,
retumban tambores y repican platillos,
una marimba deja oír su triste melodía
de largas esclavitudes y barrotes carcelarios,
de angustia de generaciones y de bravos soldados
que pagaron con sangre la mentira
y el engaño de los opresores españoles
que construyeron tantas cúpulas,
que colgaron tantas campanas,
que con sordos sonidos medievales
quisieron adormecer
la voluptuosidad guerrera de los errantes indígenas,
los conquistadores quisieron nublarla

mediante dulces palabras y alegría canalla.

¡Oh, por eso arde tu ira, México,
como ramaje seco!

1934

Iankev Glantz, poeta ídish mexicano nacido en Ucrania en 1902, llegado a México en 1925 y fallecido en 1982. Padre de la escritora Margo Glanz, era dueño de un café literario en el que se reunía la intelectualidad de esa ciudad, incluídos los grandes muralistas mexicanos. Estos tres poemas son del libro *Trit in di berg* --Pasos en las montañas-- aparecido en México en 1939.

PRODIGIOS DE LAS CALLES

SANTIAGUINAS

poema de Moïshe Dovid Guiser (Chile)

Por las calles de Santiago / ruido, estrépito y confusión.
Un carro anda entre silbidos / como embrujado por varitas mágicas
y chiquillos venden su desnuda tristeza / con vocecitas trágicas.

Qué hermosas sois, muchachas santiaguinas,
en vuestros ojos arde un diamante;
muchachos vagabundos
andan por las calles, los brazos colgantes
y los automóviles vuelan impetuosos y ciegos
por caminos zigzagueantes.

¡Oh, prodigiosas ferias de frutas santiaguinas / con criadas, esclavos y señores,
con racimos de uvas, peras y manzanas! / Yo agradezco con mis versos
tu dramatismo, dulzura y hermosura / abrazados por mágicas montañas.

MANZANITAS ROJAS

poema de Moische Dovid Guiser (Chile)

Un niño con una canasta de rojas manzanitas.
Piecitos descalzos, cubiertos de mugre,
escondida en el cuello la melenuda cabeza,
para vivir ya se gana su pan solito.

“¡Hey, manzanitas rojas!” --como una campanita
suena la voz del mísero rotito.
La lluvia lo moja, el viento lo besa
y afebradas arden sus pálidas mejillas.

De pronto quita de sus hombros
la manta de arpillera y cubre con ella sus manzanitas.
Y ya grita más luminosa y más alegremente:
“¡Huelen a vino estas rojas manzanitas!”

La llovizna empapa el infantil cuerpito,
sus piernitas tiemblan, se quiebran de cansancio.
Su carita arde y su infantil cabecita
cae y se sumerge entre las rojas manzanitas...

Moische Dovid Guiser, nacido en 1893 en Polonia, llegó a Buenos Aires en 1924 y en 1933 se radicó en Santiago de Chile donde falleció en 1952. Estos dos poemas pertenecen a la antología del autor *Dos guezang fun a lebn* --El canto de una vida-- editada en Buenos Aires en 1953 por la Unión Central Israelita Polaca en la Argentina y el Comité pro-homenaje a M.D.Guiser en Chile.

BRASIL

poema de Moïshe Lakietch (Brasil)

fragmento

Oh, gigantesco Brasil, patria nuestra nueva,
con tu entrañable pueblo y tu extensa tierra,
acorralaste Río entre Atlántico y morros
con verdor en tu regazo y un sol para todos.

No florece en tu tierra el látigo racista,
aquí se mezclan libremente los diversos colores.
Tu pueblo se despliega en impetuosos carnavales
con ritmo de sangres en un retumbar de tambores.

Tienes oro minero y piedras preciosas,
la nafta anda tus venas en azules oleajes,
están listos para construir tu gigante futuro
como nunca amazónicos bosques ancestrales .

Los músculos de tu corazón son gigantescas fábricas
que hacen latir la tierra en una marcha ascendente
despertando hermanos menores del norte
pero llora todavía en su canción el hambre.

Moïshe Lakietch nacido en Varsovia en 1911. Se refugió en la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial y en 1947 se radicó en Río de Janeiro, Brasil. Colaboró allí en diversas publicaciones y en 1969 publicó su primer poemario.

ANOCHECER EN LA HABANA

poema de Arn Tzeitlin (Cuba)

El anochecer,
--mulato narcotizado,
demasiado alegre--
relampaguea sobre La Habana
con oscuridad de chocolate;
baila y vocifera
con encendido aliento.
Y yo, un judío,
a una Don Quijote y molino de viento,
en medio de la barahúnda
escuchar a Dios pretendo.

1940

LOS PRÍNCIPES DE LOS ORÍGENES

fragmento de un poema de Arn Tzeitlin

Cuando yo, un judío de Varsovia, quedé suspendido
entre Nueva York y La Habana,
las veintidós letras de mi abecedario
me descolgaron del patíbulo
y me llevaron a su sagrada casa.
Y cuando yo dejaba mi refugio de letras para ir
a ver desfiles de mulatos por las calles de La Habana,
yo sabía que tal como yo, judío,
sigo andando entre rocas y profetas
por alguna parte del desierto de Judea,
así sigue eternamente vivo
el hondo espíritu ancestral de África
en los ojos, gestos, danzas y tambores de sus hijos;
y que no perdieron nada de su encanto original

ni sus danzas inmemoriales perdieron su ritmo.

Y cuanto más salvaje y propio
era en sus maneras el carnaval de la jungla
más claro se me hacía
lo inmutable de las eternas formas:
Los príncipes de los orígenes humanos
que más allá de lugar y tiempo se alzan como gigantes
y es imposible cambiar lo que tienen de distinto.

Arn Tzeitlin, poeta ídich nacido en Rusia Blanca en 1889. Formó parte de grupos literarios de vanguardia y desarrolló una importante poética filosófico-mística. En 1939 pasó diez meses en Cuba, dedicando a ese país un ciclo de poemas. En 1940 se radicó en Nueva York, falleciendo allí en 1973.

EN EL PUERTO DE LA HABANA

relato de Osher Schuchinsky (Cuba)

Cuando Shloimke llegó a La Habana corrían los años veinte y aún vivían allí muchos judíos europeos. Su pariente trabajaba en el ferrocarril, en algún lugar lejano ubicado en el sector oriental de la isla. Al dejar su hogar y mientras viajaba en el barco, Shloimke se mantuvo sereno, seguro, sin preocuparse por la suerte que lo aguardaba en el nuevo país. No dedicó un pensamiento siquiera al idioma que se hablaba allí ni a lo que lo esperaba tras su llegada, dónde viviría, qué haría. "Una persona puede adaptarse a cualquier circunstancia, puede aprenderlo todo..." pensaba.

Antes de desembarcar, igual que todos los demás pasajeros, se acercó Shloimke a la mesa de los inspectores de inmigración. Les tendió sus papeles, pero cuando uno de los funcionarios le hizo una pregunta, Shloimke lo miró y se quedó callado... En ese momento perdió toda su serenidad y su seguridad... "¿Qué me está preguntando? No lo sé..." Se sintió como alguien enfrentado, por primera vez, a una puerta extraña.

Shloimke captó que el inspector le preguntaba si hablaba polaco o alemán, y movió la cabeza afirmativamente.

Le indicó entonces, amablemente, con la mano, que se pusiera a un costado y mandó llamar a alguien. En seguida apareció un joven de rostro judío. Habló un momento con el inspector y de pronto dijo en ídish, dirigiéndose a Shloimke:

--Quiere saber si tienes aquí algún amigo. Dile que sí...

Shloimke se sintió aliviado. Tomó su pequeña valija y extrajo una carta de su pariente.

--¿Sabes dónde queda?

--Del otro lado de la isla.

--¿Cómo vas a llegar a él? ¿Tienes dinero?

--Tengo treinta dólares, pero necesito volver a mandarlos a casa. Mi madre los tomó prestados de un tío --le explicó Shloimke, totalmente confiado.

--Dile que tienes treinta dólares. Y no le cuentes historias...

Iankl, que trabajaba en la oficina de migraciones, era el traductor de todas las lenguas. Entonces cambió unas palabras con el inspector y éste selló de inmediato el pasaporte de Shloimke y le ordenó que fuera hasta la escalerilla del barco.

--De aquí van a conducirte hasta el puerto de La Habana --le aclaró Iankl.

Cuando Shloimke miró a su alrededor buscando al joven que lo había ayudado a solucionar su primer problema, éste ya no estaba.

De pie junto a la escalerilla que colgaran al costado del barco, esperando su turno para descender, oyó que aquel a quien había estado buscando le decía:

--No lejes de aquí, sobre la primera calle a la derecha, en cuanto bajes del barquichuelo, está la oficina del ferrocarril. Pregunta allí que ellos te van a enviar de inmediato al trabajo costeándote el viaje. No conoces el idioma y en la ciudad es difícil conseguir trabajo. Allí vas a aprender a hablar un poco.

Dicho esto Iankl desapareció.

Cuando Shloimke descendió del barquichuelo a motor y pisó la costa, miró a su alrededor y vio ante sí un mundo diferente. Viejas casas de gruesas paredes, edificios de uno, dos y tres pisos con abovedadas entradas a portales. Y adentro, tabernas con marineros bebiendo de pie ante el mostrador. Y tras el mostrador había muchachas vertiendo aguardiente en vasitos. Uno para el parroquiano y uno para ellas mismas. Shloimke se quedó observando los letreros: "Taberna", "Bar", "Bodega". Nombres extraños, calles extrañas, otro mundo...

Sobre las puertas que llevaban a los distintos pisos colgaban viejos letreros oxidados con la inscripción "Hotel".

El oscuro saco de cuello cerrado sofocaba su cuerpo y ardía alrededor de su cuello. La casi vacía valija y el bolso con la frazada se le hicieron más pesados bajo el sol ardiente. En sus oídos resonaban las palabras de Iankl: "Pregunta allí, que van a darte trabajo en el ferrocarril".

Se le ocurrió: "Voy a quedarme un día aquí a ver la ciudad; el ferrocarril no se va a escapar".

Recuperó la confianza en sí mismo. Miró a su alrededor y subió los escalones de madera de un viejo hotel. Cada uno de sus pasos resonaba como si pisara sobre un barril vacío. "Estoy dando mis primeros pasos sobre el vacío" penso, y se asustó de la idea rechazándola.

Un hombre de edad mediana se le acercó en el hotel. Shloimke le preguntó con las manos cuánto le costaría pasar allí la noche. El hombre lo introdujo en una habitación donde había, una al lado de la otra, una cantidad de camas de hierro:

--Aquí medio dólar. Si quieres compartir la habitación con una sola persona, un dólar.

Y mientras se lo decía le mostró una habitación para dos.

Shloimke se alegró. Le entendía perfectamente. "Tal vez no resulte tan difícil arreglarse sin saber el idioma. Voy a aprenderlo." Pero se acordó de cómo el inspector del barco lo había interrogado y de cómo se había quedado mudo. Menos mal que Iankl lo había salvado...

Como en una hamaca se balanceaba entre la inquietud y la esperanza, entre la duda y la seguridad. De pronto tenía fe en sí y olvidaba el temor ante todo lo que lo esperaba, y de pronto se sentía preocupado e inquieto, como si se moviera el suelo bajo sus pies.

Decidió dormir en la habitación de un dólar. Pero ¿quién sería su compañero? Con ademanes y gesticulaciones se esforzó por averiguar quién iba a ser su vecino, pero no logró hacerse entender.

Shloimke preguntó luego al empleado dónde podría poner su valija, y éste le señaló debajo de la cama.

Shloimke no confiaba en ese hotel, abierto a la deriva. Le podían quitar todo lo que tenía.

--¡No! --dijo, e indicó con la mano que quería ponerla en la habitación del empleado. Éste asintió con la cabeza. Shloimke extrajo el único dólar que había traído desde Polonia y quedó como huésped de ese hotel por una noche.

Pagó, entregó su pequeña valija y su bolso y salió a la calle en seguida.

Shloimke se echó a pasear por las calles del puerto. Todo le resultaba extraño: el ruido, los edificios, el sonido de las palabras. No oía uno solo sino diversos sonidos. Allí se hablaban diferentes idiomas. Descubrió un grupo de hombres de poca estatura. No eran negros ni blancos, sino morenos, como tostados por el sol. Oyó que desde atrás del mostrador de un bar gritaba una muchacha:

--*Hey, indians, come here...!*

Se dio cuenta que debía de tratarse de la tripulación de un barco anclado en el puerto.

Advirtió que golpeaban el vidrio con una moneda. Se volvió y vio que una mujer joven le señalaba, a través de la ventana, a una muchacha que estaba parada al lado de ella. Shloimke pensó: "Se ofrecen como mercancía". Miró en todas las direcciones. Todo le resultaba tan nuevo y extraño. Estaba como aturdido. Acababa de bajar del barco. Zina había quedado allí. ¿Qué sería de ella? Un hombre con collares colgados sobre su brazo izquierdo se paseaba tranquilamente entre la gente, esforzándose por vender su mercadería a los transeúntes. De pronto se echó a correr tras un marinero gritándole:

--¡Compre! ¡Compre!

Shloimke entendió el significado de esa palabra.

Al rato se acercó otro hombre que traía unas maracas colgadas sobre su brazo. Eran unos instrumentos musicales de madera confeccionados con frutos secos. Con dos maracas ejecutaba melodías que Shloimke nunca había escuchado antes. Tocaba rítmicamente. Los sonidos retumbaban con fuerza. Shloimke no podía tolerarlos. Los sonidos, el hombre, el instrumento: todo le resultaba nuevo.

De las tabernas brotaba olor a vino. Dos paredes estaban cubiertas de botellas de aguardiente y dos paredes estaban abiertas, como si formaran parte de la calle. En la esquina, un mulato daba vueltas a la manivela de una vieja pianola instalada sobre un carrito, ejecutando una serenata. Su ayudante, un negro alto con la nariz rota, bailaba por la acera siguiendo el ritmo. "Otro mundo" pensaba Shloimke andando por las calles. "Nunca se me hubiese ocurrido que mujeres pudieran venderse tan desvergonzadamente." Se mezclaban las muchachas que llamaban desde las ventanas, los bares con muchachas tras los mostradores, el sonido de las maracas, la serenata, el negro... Ya no sabía en qué dirección quedaba su hotel.

Lo envolvió cierto olor. Quería recordar qué olor era, a achicoria, a café quemado. En el borde de la acera estaba detenido un hombre con un pequeño carrito de dos ruedas hirviendo café negro en una botella de vidrio sobre una tablita donde estaba escrito: "Dos centavos".

"No tengo dos centavos --pensó--; tengo un dólar. ¿Cómo sacarlo aquí del zapato...?" Se fue y el olor lo siguió.

En la calle, apenas iluminada, abundaban las tabernas, la gente, los bares, la música, pero Shloimke se sentía como si anduviera por un denso bosque cubierto de ramas. Sintió temor, tristeza y cierta añoranza por aquella vida de la que se había

arrancado... "¿En qué dirección debo ir?" pensó de pronto. Miró un momento a su alrededor, se volvió y echó a andar en la dirección contraria. No estaba seguro. Observó los edificios. Por aquí ya había pasado. ¡Iba bien! "Mañana voy a recorrer otras calles, mañana voy a decidir qué hacer."

Desde una calle lateral llegó el llanto de una mujer. La estaban golpeando. A cada golpe se hacía más fuerte el llanto, perdiéndose en la noche.

Al tomar la calle donde estaba su hotel, vio Shloimke las ventanas iluminadas de los barcos anclados en el puerto. A lo lejos distinguió luces de casas tendidas sobre la montaña. Escuchó el zumbido de las lanchas a motor que iban hasta los barcos y el chapotear de remos que movían pequeños botes por el agua tranquila. Un muro gris se alzaba a la orilla del agua y semejaba una vieja fortaleza abandonada.

Shloimke devoraba todo lo que pasaba ante sus ojos. "Aquí todo es diferente, ¿cómo voy a poder habituarme?" Recordó su hogar, su villorrio, los amigos que le tenían envidia. Pensó en Zina, a la que dejó sola en el barco. "Tal vez debí haber seguido viaje."

"No se me ocurrió siquiera que encontraría un mundo así, que no tienen nada que ver con el mío... ¿Será así la vida en una ciudad portuaria? ¿Será así el mundo nuevo al que me sentía atraído...?"

Shloimke se detuvo a observar las puertas de bares y hoteles, buscando los escalones de madera que había cruzado ese mismo día. En los pasillos veía hombres y mujeres besándose, abrazándose. De pronto descubrió los escalones del hotel donde había estado. Se sintió bien: ¡acertó!

Su compañero de cuarto dormía; no era blanco ni negro. Shloimke se quitó la traspirada chaqueta y se preguntó si desvestirse o dormir con la ropa puesta. Se tendió en la cama pensando: "Soy un extraño aquí, sin idioma; nadie me conoce y no conozco a nadie. ¿Para qué seguir dando vueltas? Mi tío está en alguna parte al otro lado de la isla. Mañana voy a ir a la oficina del ferrocarril a anotarme para el trabajo".

Cansado por el intenso día vivido, por las difíciles experiencias del barco, por su paseo a través de las calles del puerto, sintió que se iba quedando dormido.

Durante muchos años, cada vez que Shloimke oía el fuerte resonar de unas maracas, revivía aquel primer paseo por las calles de La Habana.

EN EL CENTRAL CHAPARRA

relato de Osher Schuchinsky (Cuba)

A fines de noviembre llegó Shloimke al “Central” Chaparra. Central, sabía él, era el nombre de las fábricas donde se muelen las cañas de azúcar transformándolas en azúcar.

Las copas verdes de las esbeltas palmeras que se levantaban hacia los cielos y los árboles recortados de diferentes formas que brotaban de las alfombras de hierba, parecían rodear la entrada de un lujoso palacio.

Shloimke se olvidó por un momento de sí mismo; olvidó que venía a buscar trabajo, olvidó la triste realidad que lo rodeaba y quedó extasiado ante la paradisíaca belleza.

El autobús se detuvo. Una brisa tropical soplaba como si la produjeran las altas palmeras. Shloimke miró a su alrededor y vio el edificio de oficinas. Dejó la valija en el porche de madera y entró en la administración.

La cerrada chaqueta que trajera de Europa ya había quedado atrás. Ahora usaba una blanca camisa deportiva de cuello abierto que hacía juego con su rostro y su cuello tostados. Los pantalones de color marrón le quedaban como pintados y su alta figura respiraba juventud.

Varias personas bien vestidas estaban sentadas ante los escritorios. Shloimke se acercó a una de ellas.

--¿Qué deseas?-- preguntó el empleado observándolo atentamente.

El que estaba sentado ante el escritorio vecino volvió la cabeza y prestó atención.

--Busco trabajo-- respondió Shloimke en un fluido español.

--¿Eres de aquí...? --preguntó el empleado.

--No sé qué responderte... Ahora soy de aquí, pero nací en Polonia. Llegué en enero de este año; trabajé nueve meses en la línea ferroviaria que construyen cerca de Bayamo. También trabajé algunas semanas en el tren que va de Camagüey a Santa Cruz. Ahora vine aquí.

El que estaba sentado ante el otro escritorio prestando atención, volvió la silla. Su rostro daba muestras de que las palabras del joven habían despertado su interés.

--¿Cuánto tiempo hace que estás en Cuba, dijiste? ¿Desde enero de este año?

--¡Once meses! --le contestó Shloimke con una sonrisa.

--¿Dónde estudiaste español? ¿En Europa?

--No, allí no estudié español. Allí aprendí otras lenguas que aquí no hacen falta.

--¿En once meses aprendiste español? ¿Eres judío?

--¡Sí!

--Yo soy el gerente del Central. Me alegro mucho que hayas venido a mi mesa... Quiero que sepas un par de cosas importantes: El Central pertenece a una compañía americana. Aquí todo se maneja en inglés. Me gustaría mucho incorporararte a la oficina, pero tengo otra tarea para la que creo que vas a servir. Seguramente sabes calcular, ¿no es así...?

Shloimke se sonrió.

--Vas a quedarte a trabajar aquí desde hoy mismo. Quiero que te familiarices con El Central. Vas a tener ocasión de trabajar en diversas secciones...

El gerente se dirigió a su ayudante en inglés. A Shloimke le pareció entender que le estaba indicando que buscara para él un buen alojamiento.

--¿En las barracas? --preguntó el ayudante.

--¿No habrá alguna habitación desocupada sobre las oficinas?

--Va a ser un problema cuando llegue todo el personal.

--Dale lo mejor que encuentres...

Shloimke se sintió crecer ante sus propios ojos: “¿Qué habrá visto el gerente en mí?” pensaba mientras salía con el ayudante. “Sea lo que fuese, no va a ser peor que la carpa de la línea ferroviaria...”

--¿Sabes qué trabajo te confió el gerente? La balanza. Es una tarea de mucha responsabilidad.

Shloimke prestaba atención pero le resultaba difícil creer lo que oía.

--¿Cuándo comienzo a trabajar?

--No te preocupes. Ya vas a enterarte. De todos modos estás trabajando desde ya... Pero hoy tienes franco...

Shloimke salió en seguida a caminar por El Central, a observar los edificios y el conjunto. Las puertas de las fábricas estaban abiertas y adentro se veía gente trabajando.

Shloimke se detuvo al lado de un viejo jardinero que estaba regando el césped y los árboles.

--¿Hace mucho que trabajas aquí?

--¡Muchos años! Muchos... Pero no vivo en El Central. Vivo en un pueblito cercano, con mi familia. Tengo casa propia, una casucha. Estamos satisfechos. Una vida tranquila.

--¿De dónde provienes?

--Nací en España. Llegué a Cuba de niño. Mi mujer es de aquí desde hace muchas generaciones; proviene de la tribu de los siboneyes. Es una indígena, una mujer buena y trabajadora. Me dio once hijos pero sólo ocho siguen con vida...

--¿Quién recorta los árboles formando tan hermosas figuras?

--¡Yo! --contestó el anciano con orgullo. Shloimke sintió afecto por el viejo jardinero que acababa de conocer. "Tiene mucho para contarme..."

--¿Te molesto?

--No, de ninguna manera. Yo cumplo con mi trabajo. Llego aquí de madrugada, cuando el sol se levanta. Mi trabajo me gusta. Quiero a las palmeras, a los árboles, al césped. Ellos viven y respiran y yo les doy de beber... A menudo sueño que ellos me hablan... ¿Eres español? ¿Naciste aquí?

--¡No! Yo nací en Polonia. ¿Oíste alguna vez acerca de un país llamado así?

--Claro que escuché.

--Cuéntame algo acerca del Central. Yo me quedo a trabajar aquí, así que quiero saber.

--Oh, hijo mío, ya vas a saber. Veo que te interesa la gente, su vida. Aquí vas a tener bastante para ver y aprender. El Central es americano... Aquí se muele muchísimo. Tienen grandes plantaciones de caña de azúcar. También hay colonias, plantaciones de particulares. Durante la zafra esto parece una colmena; hay un hormiguelo y un zumbido de gente, de vagones con caña, de carros tirados por bueyes y de bolsas repletas de azúcar amarilla que colocan en jaulas, hasta el cielorraso de zinc de los enormes graneros. Durante la zafra se siente aquí el fuerte olor de la caña molida; una dulzura pegajosa que te penetra en la boca, en la nariz, en los ojos.

El viejo respiró profundamente, descansó un momento y luego agregó:

--Todo lo que vive tiene un final... Un hombre recorre el camino que le está destinado... Pero el tiempo es eterno. Recuerdo cómo solía llegar a casa; una casa llena de niños, con un griterío que a menudo me agobiaba. No había sillas para todos, de modo que los más pequeños se sentaban en el suelo a esperar que la madre les diera su plato de maíz. Y he aquí que los niños se fueron cada cual por su lado; se casaron en la ciudad, en otros centrales... En casa quedaron sólo dos, los enfermos... Es bueno acordarse de viejos tiempos, pero también es duro, triste...

Shloimke pensó en su padre, cuyos dos hijos se fueron. En lo duro y triste que también a ellos debió resultarles...

--Me alegro mucho de haberte conocido. Debo irme. Recién hoy llegué. Mi nombre es Salomón. Voy a venir de nuevo a verte...

--¡Salomón! Es el nombre de una persona inteligente. A mi me llaman Mateo. Mateo Bartolomé. Puedes preguntar por mí en la administración. Soy el trabajador más viejo de aquí... Cumplí ochenta y tres el mes pasado. Que Dios te bendiga.

El anciano siguió a Shloimke con los ojos, con una mirada llena de afecto.

Cuando Shloimke entró al día siguiente a la oficina a preguntar qué hacer, el gerente le pidió que se sentara un momento en la silla frente a su escritorio.

--Te hemos destinado para un trabajo de mucha responsabilidad y confiamos que lo realices bien. Te designamos para vigilar la balanza. El peso de cada vagón, de cada carreta, debe ser anotado en la cuenta de aquél a quien pertenezca. Se trata de un trabajo muy importante.

Nunca en su vida había visto Shloimke cómo se pesan vagones con caña. Ni siquiera había visto una balanza así. Pensó un momento y comentó:

--Entiendo que la caña que pertenece al Central habrá que pesarla aparte de la de los colonos.

El administrador lo miró.

--¿De dónde sabes que El Central tiene plantaciones propias de cañas y que también compramos a los colonos?

--Conversé con el viejo jardinero...

--Ese viejo es el empleado más antiguo. Ya trabajaba al construirse El Central. Lo quiere mucho... Continúa conociendo al Central como lo hiciste ayer... Mi

ayudante va a mostrarte la balanza y cómo se la maneja. Te va a mostrar también todo el proceso de transformación de la caña de azúcar.

El ayudante condujo a Shloimke al depósito.

--Ésta es la balanza. Cuando el vagón o la carreta llegan, se descargan sobre la balanza. Tú ves claramente el peso sobre la barra. Las cañas suben a las esteras que las conducen hasta las cuchillas que las cortan, las despedazan y las llevan hasta los rodillos cilíndricos que exprimen de ellas el jugo.

El ayudante explicó a Shloimke paso a paso todas las operaciones que se efectuaban hasta que el azúcar caía en grandes bolsas.

--Estoy asombrado. Me resulta increíble que de sus bastones de caña color verde-bronce salga ese azúcar amarillo --exclamó Shloimke.

--Ahora que ya sabes cómo las cañas se transforman en azúcar, familiarízate con nuestros hermosos jardines. Yo vuelvo a la oficina.

Shloimke fue directamente en busca del viejo jardinero.

--¡Buen día señor Mateo Bartolomé! ¿Cómo está?

--¡Buen día, Salomón! Me alegro de verte. Hoy pensé no venir... Me sentía tan mareado como si mi cabeza fuera una sogá trenzada...

--Tal vez sea mejor que no lo moleste...

--¡Oh, no! No me molestas. Para mí es un placer conversar contigo. Al venir hoy al trabajo encontré al gerente. Ya hace dieciocho años que administra El Central. Le conté que ayer había conversado con un joven llamado Salomón. "Es una persona fina", me contestó. "Hace un año que está en el país y ya habla castellano mejor que yo que estoy hace dieciocho años." Yo no lo podía creer y pensaba preguntarte...

--Sí, amigo Mateo, ni siquiera hace un año entero que estoy aquí.

--Me cuesta creerlo. A una persona como tú vale la pena contarle todo lo que uno sabe... Va a quedar en tu memoria durante muchos años, hasta mucho después que de uno ya no quede recuerdo. Hoy a la mañana sentí que si la sogá llegaba a apretar apenas un poquito más, no volvería a ver mis palmeras, mis verdes jardines. Un hombre debe saber que cada día de su vida es un regalo, un hermoso regalo que hay que saber aprovechar bien. Pero no hay que pensar en eso...

--Cuéntame más acerca del Central, acerca del corte de caña de azúcar; cuéntame que yo voy a recordarlo todo...

--Cuando dé comienzo la zafra vas a ver aquí a mucha gente. Vienen de las islas cercanas a trabajar. De Jamaica, de Haití, de otras islas también. A los cubanos no les gusta cortar caña. Lo consideran el más bajo de los trabajos. Prefieren trabajar en El Central... Oíste la canción cubana:

Yo no tumbo caña.

Que la tumbe el viento
con su movimiento.

--Los haitianos --prosiguió el viejo jardinero-- son los mejores cortadores de caña. Es como si hubiesen nacido para hacerlo... Sus abuelos y bisabuelos ya la cortaban hace ciento cincuenta años. Bajo el dominio francés los haitianos entregaban el azúcar a Francia. Hoy tienen una república pero buscan trabajo en la isla cubana... ¡Oh, los haitianos son hábiles cortadores de caña! Bajo el dominio francés sembraban en Haití algodón, tabaco, cacao y caña. Ahora Haití está muy empobrecida... Los de Jamaica también son buenos trabajadores, pero tienen otro carácter: son peleadores, rencorosos, y desconfían del hombre blanco...

--Tal vez sea porque están bajo la férrea dominación inglesa. Un hombre es aquello que la educación hace de él... --dijo Shloimke.

El viejo guardó silencio. Se tomó un respiro y luego agregó:

--Todos son buenos y todos pueden ser malos.

--¿Cómo reconoces quién es jamaicano, quién haitiano y quién cubano?

El viejo se echó a reír:

--Tienes razón. Son todos negros. Entre los haitianos hay mulatos. Los mulatos tienen un color blanco amarillento, a menudo tienen el cabello rubio. Los mulatos cubanos son de un color blanco oscuro. Muchos tienen los rasgos del rostro más parecidos a los de los blancos. Las mujeres mulatas son hermosas. Se ve que no conoces la historia de esta isla, por eso haces esta pregunta.

--Los soldados españoles que dominaron Cuba --prosiguió-- no tenían mujeres blancas; sólo los aristócratas trajeron consigo a sus mujeres blancas, por lo tanto los demás vivían con negras, esclavas todavía. Una gran parte se casó con esas mujeres, otros no. Por eso criamos en Cuba una raza híbrida, ni blanca ni negra: los mulatos. Mi mujer es una indígena que proviene de los antiguos habitantes de la isla cubana, los siboneyes. Si no hubiese encontrado a mi mujer en aquella época, también yo tendría una esposa negra e hijos mestizos. Pero yo estoy contento así...

Los dos somos católicos, de la fe que traje de España. Los negros introdujeron en nuestra religión a los santos; la alteraron con costumbres que trajeron del África. Seguramente sabes que en los parques de las ciudades y pueblos a los negros no les está permitido sentarse en los blancos ni pasarse.

--¿Y a los mulatos?

--Depende de lo blancos que sean. A menudo tienen lugar peleas entre blancos y negros. Me dijeron que en La Habana los negros pueden pasear por los parques junto a los blancos. ¿Tú los viste?

--No puedo decírtelo. Estuve allí apenas un par de días... ¿Qué sucede con los niños en las escuelas?

--En las aldeas y en los pequeños pueblos no existen escuelas, y donde las hay, de todos modos son muy pocos los niños negros que concurren.

--Bueno, amigo Mateo, que tengas un buen día. Volveré a verte en otro momento.

--¡Buen día! Que Dios te colme de dicha...

* * * * *

Los días corrían, lo mismo que las semanas que se deslizaban imperceptiblemente. Todo resultaba nuevo: la gente en el trabajo, su propia tarea, la asombrosa transformación de las cañas de azúcar de color verde-bronce en harina de azúcar, los verdes parques con árboles recortados como esculturas... Pero lo que más fascinaba a Shloimke eran los relatos del viejo jardinero, que conocía la historia del Central desde que fuera construida.

El Central estaba afiebrado de gente, de trenes, de sacos de azúcar. Los domingos se trabajaba como cualquier otro día. Para tomarse un domingo libre había que pedir permiso con una semana de anticipación para que buscaran un reemplazante.

Una noche estaba Shloimke sentado en el balcón de madera de su habitación. Soplabla una brisa tropical trayendo sonidos que fluían como oleadas. Eran los sonidos tristes, penetrantes, de una melodía que nunca había oído. Estos sonidos lo envolvieron, lo atraparon. Se dejó ir hacia el lugar de donde provenía la música. La melodía se hacía cada vez más nítida; era como si alguien volcase su

corazón, su alma, hechos añoranza. Una delicada voz pectoral se fundía con los sonidos de un instrumento. A la puerta de una barraca vio a un hombre sentado, cantando noche adentro. Acompañaba su canto con el rasgueo de una tablita de madera dotada de algunas cuerdas, un instrumento africano.

En cuanto oyó los pasos el hombre dejó de cantar.

--Buenas noches --lo saludó Shloimke, distinguiendo apenas la sombra de su figura.-- ¿Te molesto? Dejaste de cantar...

--¡No! Mi nostalgia por algo que ni a mí mismo me resulta claro, se detuvo.

Uno añora y no sabe qué... ¿Acaso es posible ir en busca de lo que se extraña...? Un hombre siente nostalgias durante toda su vida; sobre todo añora el ayer... el pasado... A menudo siente nostalgia por la nostalgia. Voy a encender la luz así nos vemos...

--No lo hagas. Tu canto me trajo hasta aquí. Sólo vine a escucharte cantar.

--No, ahora no. Alguna otra vez, alguna noche tal vez vuelvas a escucharme...

El canto brota por sí mismo, sin que te des cuenta.

Encendió la pequeña lámpara eléctrica, echó una mirada sobre Shloimke y dijo sorprendido:

--¡Salomón! Pero si tú eres el que pesa las cañas. ¿Y tú me reconoces?

--Seguro; tú eres el que limpia los convoyes para que no se llenen de bastones de caña pegados. No sabía que cantaras tan bien.

--A veces algo le da un tirón al alma y comienzas a cantar a pesar de ti, sin darte cuenta siquiera.

--¿Hace mucho que trabajas aquí?

--Ya hace mucho... Vivo lejos, del otro lado de la sierra. Mi padre se construyó una casa cuando lo liberaron de la esclavitud. Está muy viejo pero completamente lúcido. Me cuenta cómo era Cuba hace ochenta, noventa años. Su patrón era una buena persona; lo había tratado muy bien de modo que cuando abolieron la esclavitud siguió trabajando con él por propia voluntad. Se mudó de la colonia, se casó y formó una familia. Es en esa casa donde vivimos.

--¿Qué edad tiene tu padre?

--No lo sé... Él tampoco lo sabe, pero más de cien.

¿También a él le gusta cantar?

--Él me enseñó... Q él ahora ya le resulta difícil hacerlo. Trajo estas melodías de otro continente. Hoy cantan en Cuba muchas viejas melodías pero las cantan de

un modo diferente. Las actualizaron, las castellanizaron. Puedes escucharlas, pero no como nosotros las cantábamos, con añoranzas por nuestra tierra natal... con añoranzas por los campos abiertos y los bosques de aquella tierra, de aquel continente...

--Ven alguna vez con tu padre. Quisiera conocerlo, quisiera que me cuente acerca de aquellos años, acerca de la esclavitud.

--Le va a resultar difícil... Pero pregúntame, tal vez yo sepa... Él nos contó mucho pidiéndonos que no olvidemos...

--Dime, ¿los esclavos nunca se rebelaron?

--No sé qué responderte... Sé que tomaban venganza cuando los golpeaban o cuando les quitaban la mujer o los hijos. Sé que solían huir a los bosques, a las sierras, y se alimentaban con frutas silvestres. A los esclavos prófugos los volvían a traer. Los dueños los hacían buscar con perros, ubicaban sus escondrijos y los atrapaban... Muchos sucumbieron en esas cacerías, por mano de los hombres o por obra de los perros. No faltan años siniestros en nuestro cercano pasado...

--Ahora me voy --bramó Shloimke.-- Tal vez quieras volver a cantar. Te veré mañana. ¡Buenas noches!

--Si Dios quiere.

* * * * *

Shloimke le dijo al viejo jardinero que el domingo siguiente tendría franco. Cierta vez el jardinero le había dicho:

--Existe algo que no puedo contarte con palabras... Debes verlo con tus propios ojos, sólo entonces podrás creerlo. Si tienes libre algún domingo voy a llevarte al pueblito.

"¿Qué me querrá mostrar?" se preguntaba Shloimke, "¿su mujer indígena, sus hijos, su casa? ¿Qué me preparará...?"

El domingo siguiente de mañana, cuando Shloimke llegó al portón del Central, allí estaba Mateo esperándolo.

--Buenos días, Salomón. Vamos. No queda cerca pero tampoco lejos. Yo hago el camino todos los días; no existe mejor paseo. Observas la hermosura de la naturaleza y nadie te molesta... En el camino a casa existen incluso pájaros que ya me

conocen y me siguen volando. No sé, Salomón, por qué se me ocurrió invitarte a ver una pelea de gallos. Tal vez te eche a perder un domingo; tal vez tenías planeado visitar a alguna muchacha. Pero estoy seguro de que nunca en tu vida viste algo igual. Por una vez no importa... Un hombre tiene que verlo todo. Seguramente no te enojarás conmigo... Pero al gerente no se lo cuentes.

El viejo le tiró de la manga:

--¿Ves allí, ese edificio de madera con techo redondo? Allí es...

Entraron por una puerta abierta de par en par...

Shloimke miró a su alrededor. Rodeando el centro despejado del viejo edificio parecido a un corral, sentados sobre bancos se veían blancos, negros, mestizos, rubios. Reinaba un enorme griterío. Un hombre andaba corriendo con un paquete de dinero en la mano:

--Yo apuesto al pardo... ¿quién quiere apostarle al castaño? Tres a uno. Si gana el castaño pago tres por uno.

Muchos le tendían dinero diciéndole su nombre y mirándolo a los ojos para comprobar si los veía, si los iría a reconocer más tarde...

Luego apareció otro que apostaba por el gallo castaño. Éste pagaba dos a uno. Nadie apostaba por el pardo, todos lo hacían por el castaño. El banquero que apostaba por el pardo inspiraba mayor confianza...

Detrás de sendas cortinas a ambos lados del despejado centro surgieron dos hombres tostados por el sol, cada uno sosteniendo un gallo en su mano. Desde lejos excitaban a los gallos entre sí y éstos, coléricos, se esforzaban por soltarse. Alguien dejó oír un silbido y los dos hombres dejaron los gallos en el suelo, dándoles un empujón en dirección a su contrincante. Los gallos se mantuvieron por un momento a distancia, como observándose. Se levantó un tremendo griterío; los alaridos parecían aullidos de lobos. Los gallos, asustados, se lanzaron el uno contra el otro. Se mordían con los largos picos puntiagudos, se atacaban con las afiladas uñas. Cuando uno de ellos quería huir, el hombre, tras la cortina, volvía a echarlo al ruedo y el gallo se trezaba de nuevo en pelea con todas sus fuerzas. Los espectadores se sacudían al mismo tiempo que los gallos... Querían ayudar al castaño... Si el castaño ganaba ellos ganarían... Los dos gallos yacían sobre la tierra y reñían con sus afiladas uñas. Por fin el pardo se levantó y el castaño quedó tendido

con la cabecita destrozada, sangrando... Los gritos aumentaron. El gallo caído se quiso levantar y no pudo. Estiró su cabecita...

--¡Nos engañaron! ¡Nos engañaron!

Los gritos se hicieron salvajes. Todos gritaban furiosos; todos habían apostado por el castaño. Les habían mostrado los gallos en el patio y el castaño parecía el más fuerte... El que había recogido las apuestas contra el pardo llevándose el dinero de todos, había desaparecido... Se había ido a tiempo para evitar que el público se echara sobre él...

Shloimke se quedó sentado, pensativo. Quería comprender cómo es que la gente podía venir a ver esa salvaje carnicería entre un par de aves inocentes. Sintió vértigo: "Tal vez haga falta esta carnicería entre pobres aves para satisfacer la sed de sangre de la gente. En España están las corridas de toros, donde un hombre se enfrenta con un toro salvaje y excitado. Aquí dejan que un par de gallos se destroce entre sí. ¿Cómo puede sentir la gente tal éxtasis, tanta salvaje alegría con la muerte de un pobre animal? ¡No lo puedo comprender!"

Osher Schuchinsky nació en 1915 en Polonia y en 1934 se radicó en Cuba integrando un grupo literario ídich llamado "Joven Cuba". En 1961 emigró a Nueva York. Los extos que se incluyen son capítulos de "Fun land tsu land" (De país en país) obra aparecida en 1979 en Tel Aviv, Israel.

¡Andá a cantarle a Jevél Katz!

Está pendiente todavía una aproximación sistemática a los personajes y a las leyendas del folklore judío latinoamericano. En los campos del sur del continente -- Argentina, Uruguay, Brasil-- se conformó el “gaucho judío” que dio pie a toda una literatura en ídish, castellano y portugués. A lo largo y ancho de América Latina el inmigrante urbano --en especial el judío-- creó el personaje del vendedor ambulante, cuyo nombre en castídish varió de lugar en lugar, y también encontró expresión en diferentes textos literarios en esas tres lenguas.

La intención de este capítulo es recordar a un cantautor que a lo largo de los años ‘30 fascinó al Río de la Plata judío componiendo y cantando en un lenguaje a mitad de camino entre el ídish y el porteño, canciones que reflejaban con espontaneidad, gracia y picardía las vivencias de los inmigrantes judíos de esta parte del mundo. Pese a los sesenta años transcurridos desde su temprana muerte, para quienes saben de Jevél Katz, evocarlo es levantar el recuerdo de una leyenda tibia todavía, y para quienes no saben de él es la oportunidad de tomar contacto con un singular personaje del folklore judío argentino.

¿Quién era Jevél Katz? Era "un cantor callejero" como él mismo se definía. Era un juglar, un trovador, un Gardel judío irónico y tierno, un cantautor, como se diría hoy. Era todo eso a un tiempo, un fenómeno popular y también --sin saberlo y sin proponérselo-- un testigo de la vida y los milagros de los judíos argentinos de los años treinta, esos gringos con pretensiones de criollos, retratados de cuerpo entero en canciones afectuosamente burlonas acerca del Buenos Aires judío de entonces:

Si andan por Corrientes / tiendas judías sin fin, / cafés llenos de gente / como seguidores de un rabí; / jugando dominó y dados / disfruta la gente; / allí hay muchos más / comerciantes que clientes, / unos pocos banquitos / y demasiados presidentes, / se vota, se arman listas / y pelean como mujeres... (1)

“Se vota, se arman listas” es en su castídish “Men votevet, men listevet”. Ejemplo de la inagotable creatividad idiomática que Jevél Katz sumaba a la ironía. La siguiente

es parte de la receta que brindaba a los gringos para aprender rápidamente a hablar en castellano:

*Castellano es muy fácil, / sólo hay que decir todo con "ere".
Si en el viejo hogar cosía ropa / aquí es un "sastrere".
Si anda vendiendo cortes de tela / aquí es un "marinere".
Si le gusta una dulce María / se dice aquí "te quiere".
Cuarenta años en el país / aquí es un "extranjere".
Tiene esposa e hijos en Europa / aquí es un "soltere".
Los manda buscar a los veinte años / aquí es muy "lijere".
Y si prefiere no traerlos / es aquí "no quiere". (2)*

Jewel Katz adaptó a este texto la música de LA CUCARACHA, canción entonces en boga. Este era precisamente uno de sus fuertes: tomar canciones de moda y adaptar a su melodía una letra escrita por él. Así pasaron a su repertorio vidalitas, rancheras, fox-trots, tangos y rumbas. Por sólo nombrar algunas: "La cumparsita", "Mucho lujo", "Ranchera de mi corazón", "El manisero", "Tango secreto", "Qué decís mi chico bien" o "Yo soy así". La letra original de esta última, por ejemplo, dice: *Si soy así / que voy a hacer / nací porteño y embalau para el querer*. La versión de Jewel Katz es algo diferente:

*Si soy así / que voy a hacer / mi lengua todavía está en pañales.
Si soy así / que voy a hacer / a mí me cuesta mucho acriollarme. (3)*

Jewel Katz había nacido en Vilna, la llamada Jerusalem de Lituania, el 10 de mayo de 1902, en el seno de una familia de pocos recursos, de modo que comenzó a trabajar desde muy joven como matricero en una famosa imprenta vilniana, la de los hermanos Rom, centenaria editora de libros sagrados y también profanos.

Fue en el sindicato de obreros gráficos de Vilna donde Jewel Katz comenzó a cantar sus primeras parodias. Se cuenta que cuando, a los 27 años, decide seguir a un hermano suyo radicado ya en Buenos Aires, --esa ciudad tan lejana y de tan mala fama, Semana Trágica y trata de blancas mediante-- un capataz de los Rom le recomienda que en esa ciudad "abra bien los ojos", *zol hobn gut an oig*. Ese consejo se transformó en una de sus primeras y más famosas canciones porteñas:

En la ciudad donde nací / tuve un maestro / que antes de mi viaje / me dio esta lección: // Vas a un país lejano / sólo ten en cuenta / mirar a todas partes / y abrir muy bien los ojos. / Ten ojo, ten mucho ojo, / ten ojo, no te olvides; / quien tiene ojo es afortunado, / y quien no lo tiene ¡ay de él! (4)

Jewel Katz desembarcó en Buenos Aires el 20 de mayo de 1930 y de inmediato se enamoró de la ciudad y del país. Aquí decidió dedicar todas sus energías a componer, cantar y actuar sus canciones paródicas. Con un talento musical innato, una simpatía desbordante, un agudo sentido del humor y un ojo atento, sacaba partido de todo lo que veía y oía. Con la gracia del cocoliche se burlaba de su propia media lengua:

Nacido yo soy lituano / es año y mes que estoy en país / y ya sé cantar castellano. / Castellano aprendí muy ligero / porque yo sabía / tres veces por día / hay que comer buen puchero.

En sus diez años de carrera porteña Jewel Katz escribió y musicalizó unas 500 piezas, entre parodias, cuplés, cuadros, sátiras y pequeñas descripciones líricomusicales de la vida judía en Buenos Aires y en las colonias agrícolas judías de Santa Fe y Entre Ríos. Cantaba en un ídish lituano mechado de términos porteños y lunfardos, riéndose de y con los gringos, satirizaba la vida en la gran ciudad, los picnics, los banquetes, las pujas electorales de las instituciones, los teatros judíos, los actores y a sí mismo.

Los títulos de algunas de sus composiciones más famosas pueden dar una idea de cuáles eran sus temas favoritos: *Dados, Radio, Un poquercito, Colchas, En un conventillo, De noche con un tranvía por Corrientes, Canning, Busco un cuarto, Una ranchera, Te, El gringo en la plaza, Mi viaje a Tucumán, Un colono, Basavilbaso, Moisés Ville*, y muchas, muchas más. Resulta sorprendente la cantidad y variedad de canciones que Jewel Katz compuso en los diez años transcurridos desde su llegada a Buenos Aires en 1930 hasta su fallecimiento en 1940.

Sólo interpretaba canciones compuestas o arregladas por él mismo, acompañándose con una enorme variedad de instrumentos musicales, algunos extravagantes, otros de su propia factura. Guitarras y mandolinas --que sonaban

como las que acompañaban a Carlos Gardel-- a menudo cedían el lugar a extraños instrumentos de percusión o a una gama de armónicas y silbatos de todo tamaño, incluso algunos minúsculos que disimulaba en su boca. Muchos de esos instrumentos se hallaban expuestos en una vitrina del IWO, en el tercer piso del edificio de la AMIA destruido por el atentado de 1994 y en su mayor parte fueron rescatados de entre los escombros y restaurados.

Según el profesor Samuel Rollansky, en esos instrumentos y en los diversos vestuarios que usaba en sus presentaciones, gastaba la mayor parte de lo que ganaba. Jével Katz fue uno de los que inauguraron las recién nacidas emisiones de radio tanto porteñas como montevidéanas, y vestido de gaucho, de mujer, o con un sombrero de copa y smoking, recorría los escenarios de Buenos Aires, de ciudades del Uruguay y de Chile, y también los improvisados tablados de las colonias agrícolas judías del interior argentino.

Voy de turné por la provincia /a probar fortuna. /Con todos mis instrumentos /y un pasaje de tren ida y vuelta. /Arre, arre, Jévele; arre, arre, kétzele / Los gastos son enormes, / que al menos vuelva seco, /que tenga suerte y no llueva. (5)

La conmiseración y la ternura con que Jével Katz mira a los artistas, posiblemente esté resumido en ese diminutivo entre triste y burlón que se aplica a sí mismo: de Jévl, *Jévele*; de Katz, *kétzele*. Las canciones que dedica a las colonias judías son particularmente hermosas en su melodía y en su letra, como la dedicada a Basavilbaso, cuya versión española reproducimos más abajo. pero no todo es ligero y festivo en la obra de Jével Katz. Tiene algunos textos conmovedores, como ese monólogo empapado de nostalgia por el viejo hogar, “El gringo en la plaza”, del que se conservó una vieja grabación en la voz de Jével Katz mismo.

Yo me abriría el corazón /para que vean como llevo escondida allí /una larga nostalgia /que no deja de doblegar en mi /la sola idea de ser feliz; /que me tironea hacia atrás, /hacia el pueblito en el que nació...

Pasan flotando ante mis ojos /viejas casitas encorvadas / y entre ellas, allí, /me atrae aquella casita /con dos ventanitas al jardín, /donde mi padre y mi madre, /hermanitos y hermanitas / se sentaban los sábados / alrededor de la mesa / y tras la comida / mi padre se echaba a cantar / una melodía que sonaba así. (6)

Y el juglar entona la bellísima canción sabática del padre. Y en su monólogo sigue luego contando por qué dejó su hogar. Es que *“atraía mi corazón / lo que mis ojos no veían, / el país del gran mundo / donde el hombre es una máquina, / el mundo de una cultura / sin sombras de grosería, / sin armónicas de campesinos / y donde música es sinfonía.”* (7)

¿Pero qué encontró en este nuevo mundo? Sigue “El gringo en la plaza”: *“Y deambulo por las calles / entre masas de gente / entre bocinazos salvajes / y tintinear de tranvías, / entre relampagueo de lámparas / y apurados rostros desconocidos; / corren caballos y automóviles / chirrían radios encendidas / todo mezclado en una danza demoníaca. / Y yo ando de la mañana a la noche / la cabeza mareada y los ojos confundidos / y me arrastro hasta un rincón / hasta el banco de una plaza / y allí me derrumbo / lejos de ruido y barullo, / no siento los pies ni el cuerpo / y me echo a pensar: / Si pudiese quedar dormido / y al menos en sueños / volver a ver mi viejo hogar.”* (8)

Tendido en una cama de hospital, cantando para sí mismo canciones dedicadas a su viejo hogar cerró Javel Katz los ojos el 8 de marzo de 1940. Tenía 37 años. La inesperada noticia de su muerte recorrió como un escalofrío las calles del Buenos Aires judío de entonces, sobrecogido todavía por el reciente estallido --en setiembre, hacía apenas seis meses-- de una guerra terrible, que se iba extendiendo como una mancha de sangre por tierras y calles de ese viejo hogar europeo. Y ahora, repentinamente, cuando más falta hacía un poco de canto y risa, enmudecía ese cantor alegre y familiar.

"El Diario Israelita" tituló su nota necrológica "MURIO EL MAS ALEGRE DE LOS JUDIOS DE ARGENTINA, EL ARTISTA MAS POPULAR Y QUERIDO DE BUENOS AIRES, JAVEL KATZ".

Velado en la Sociedad de Actores Judíos --entonces en Paso 550-- una conmovedora multitud se reunió a rendirle homenaje. Decían los diarios que fue la mayor expresión colectiva de dolor después de la provocada por la muerte de Carlos Gardel, cinco años antes. La calle Paso y las laterales, estaban totalmente cubiertas, desde Corrientes hasta Córdoba, por un compacto gentío. Cuando lentamente comenzó a moverse el carro fúnebre para tomar Corrientes en dirección del cementerio de Liniers, fueron colocándose detrás centenares de automóviles formando una interminable caravana, que se detuvo frente a los teatros judíos Mitre y Excelsior. Esa lenta caravana tuvo siempre a ambos lados, a lo largo de todo su

trayecto, una multitud enmudecida, que no entendía por qué, de pronto, le habían quitado su cantor.

Jewel Katz había iniciado su carrera artística cuando recién comenzaban a desarrollarse las técnicas de la grabación. De ahí que sea muy poco lo que dejó grabado. Apenas ese monólogo “El gringo en la plaza”, su famoso “Mucho ojo” y muy poco más. Pero este poco y la gracia testimonial de sus textos y melodías alcanzaron para dar categoría de leyenda a este cantor popular, Gardel judío y porteño que, igual que el otro, cada día canta mejor.

(1) *Gueit ir durj Corrientes gas / guesheftn on a tsol / di cafeen zainen ful / vi jsidim bai a rebn / men shpilt a dómíne, a dado / un men majt a lebn. / Sojrim zenen dortn do / merer vi klientn / benklaj zainen venik do / un tsu fil prezidentn, /men votevet, men listevet, / men krigt zij oft vi vaiber /...*

(2) *Castellano iz zeier gring / men darf nor zogn alts oif ere. / Zait ir gueven in der heim a shnaider / heist ir do sastrere. / Klapt ir do arum mit kortlaj / heist ir "marinere". / Libt ir a Marie zis / heist dos do "te quiere". / Zait ir fertsik ior in land / heist ir "extranjere". / A vaib mit kinder in Europe / heist ir a "soltere". / In tsvontsik ior nemt ir ir op / heist es do "lijere". / Un tomer vilt ir ir nit brenguen/heist dos do "no quiere".*

(3) *Si soy así / que voy a hacer / az main tsung in kimpet ligt dervail bai mir. // Si soy así / que voy a hacer / az tsu acrioyirn zij iz mir zeier shver.*

(4) *In shtot vu ij bin gueboirn / a rebn hob ij guehat /hot er mir far main forn / guelernt ot dem pshat:/Du forst in land in vaitn / vu vos ein zaj dort toig, / kukn in ale zaitn / un hobn gut an oig. // Hob ojo, hob mucho ojo, / hob ojo, zai nisht fartrajt. / Ver es hot ojo, hot mazl brojo / un ver es hot nit, iz nit far mir guedajt.*

(5) *Main tur in provintz: For ij mir arois oif a tur in der provints / oistsuprubirn main glik. / Nem ij mir mit main klaper-guetsaig / un a bilet in un tsurik. // Vió, vió, Jévele / vió, vió, kétése, / di gastes zenen zeier grois. // Zol dir guts bagueguenen, / zol dort jotch nit reguenen, / trukn zolstu jotch arois.*

(6) *Ij volt main hartz oif tsveien shpaltn / un kukt, ir zet, dort ligt bahaltn / ir zet a benkshaft dortn lign / vos es halt in ein bazign / dos guedank tsu naiem glik; / un es shlept, es tsit tsurik, / tsu dos shtetl vu gueborn / vu farbrajt di kinder iorn / un es shvebn far di oign / di alte aizkes oisgueboign. / Un tsuvishn zei ot dortn / mit tsvei fentsterlej in gortn, / punkt antkegn altn klaizl / ot dort tsit tsu ienem haizl, / vu der tate mit main mamen / shvester, briderlej tsuzamen /zainen bai ein tish guezesn / un dem shabes nojn esn /flegt der tate zij tsezinguen / mit a nign vos flegt klinguen...*

(7) *Un dos hartz hot mir guetsoign / tsu dos vos zeen nit di oign /tsu der groiser velt medine / vi der mentch iz a mashine / tsu der velt fun kultur / vu fun prostkait iz kain shpur / vu kain poier shpilt garmonie / vu muzik iz a simfonie.*

(8) *Un tsvishn mentschn masn / blanke ij tsvishn di gasn /unter vilde truberaien / un dos klinguen fun tramvaien / tsvishn blitsn lompn lijter / fremde loifnde guezijter, / s'loifn ferd, oitomobiln / unter griltsn radio shpiln / un es guist tsunoif ingantsn / punkt vi sheidim voltn tantsn. / Fun fri biz najt halt ij in gueien, / di oign shvindlen, der kop tut dreien, / biz ij dershlept zij in a vinkl, / tsu a plase oif a benkl / vai fun tuml un guerider / fal ij dortn koim anider, / ij shpir kain fis un shpir kain glider, / un ij oib on trajtn, klern, / ven ij volt konen atntshlofn vern /un jotch in jolem, jotch in troim / zen tsurik di alte heim.*

EN UN CONVENTILLO

canción de Jevél Katz

Mi novia Reizl vive en un conventillo
y en Lavalle, en pleno centro, al lado,
yo también vivo en un conventillo,
siempre ruidoso, como una feria,
con gente y más gente, cuartos y más cuartos.

Cuartitos, cuartitos, cuartitos,
y nunca falta algo de barro.
Hay gente allí de todo el mundo
árabes, españoles, turcos, italianos,
todos apiñados en un mismo patio;
y tampoco faltan judíos de Lituania,
y polacos, y galitzianos.

Cada uno habla allí su propia lengua,
no sea que otro lo entienda.
Sólo hablan entre sí castellano
cuando se mandan a los antepasados.
Y da gusto cuando empiezan a pelearse
entonces no hay pobres ni ricos,
entonces no hay grandes ni chicos,
entonces están todos igualados.

Una lavandera friega y tiende la ropa
absorta, en medio del patio;
entre las ropas colgantes los niños
saltan y bailan en el barro.
Y cuando llega la hora de comer
sólo se oyen cacerolas y platos.

Una turca revuelve porotos
agregándole azúcar de a puñados;
a su lado, cansado de andar
un judío se cura los callos.
En otro rincón una mujer fríe latkes;
en una olla burbujea un caldo;
desde una sogá gotean sobre las cabezas
unos calzoncillos recién lavados.

Es una maravilla cuando llega la noche:
A esa hora descansa todo el vecindario
y de todo los cuartos se escucha
una sinfonía de ronquidos cansados.
Entonces, me reúno con mi Reizl en la puerta
y le acaricio la cabeza.
Al conventillo de la calle Lavalle
pronto va a sumarse otra pareja.

BASAVILBASO

canción de Jevél Katz

En cuanto uno toma el tren en la estación Lacroze
sólo encuentra a Jaim, a Moishe, a Iosl;
con un boleto de segunda se viaja en primera clase
sólo hay que decir que uno
va a Basavilbaso.

Basavilbaso, pueblito mío
voy a recordarte en donde esté;
eres mi vida, mi alegría,
Basavilbaso, pueblito mío,
Kasrilevke* de Entre Ríos.

Hay judíos piadosos de largas barbas grises,
hijos acriollados que andan a caballo,
en la sinagoga hay viejos, chicos en la plaza
adultos y negocitos
en Basavilbaso.

Los negocitos tienen de todo, como Gath y Chaves,
zapatos, comida, cuellos palomita, clavos,
aserrín para las ruedas, pomada para el peinado,
incluso helados calientes
en verano.

Por las tardes, cuando viene el tren,
el pueblito entero va a la estación;
las chicas dan vueltas sin por qué,
y si en el tren viaja un buen mozo
le gritan “adiós”.

Y cuando el pueblito queda en silencio y está romántica la luna,
si ven de la mano ante el portón a una pareja,
no crean que conversan de amor o casamiento.
Dicen que la hermosa noche
es buena para la cosecha...

* Kasrilevke: Ciudad judía, creada con humor por la imaginación de Scholem Aleijem, el famoso escritor de lengua ídish, cuya obra más conocida es “Tobías, el lechero” recreada en el cine como “El violinista sobre el tejado”.

MI TURNÉ POR LA PROVINCIA

canción de Jevil Katz

Voy de turné por la provincia
a probar fortuna.
Con todos mis instrumentos
y un pasaje de tren ida y vuelta.
Arre, arre, Jévele; arre, arre, kétzele*
Los gastos son enormes,
que al menos vuelva seco,
que tenga suerte y no llueva.

Tarde en la noche llegué a la colonia
a un galpón en medio del campo.
De casas perdidas a mucha distancia
vienen en sulquis colonos viajando.
Arre, arre, caballitos; arre, arre, condorcitos
se oye por los campos.
Jevil Katz da un concierto,
apúrense, salgan del barro, así se los lleve el diablo.

A la luz de un farol de kerosén
con tablas y bolsas armaron un escenario;
de frac tras la colcha-telón
está Jevil, ataviado a todo trapo.
Arre, arre, judíos; arre, arre, queridos;
vengan a llenar el salón.
Vine por ustedes, a mostrarles de qué soy capaz,
vine a mostrarles mi arte.

Se empujan en la caja pidiendo entradas,
uno a crédito hasta la cosecha;

otro paga al contado y otro dice a los gritos:

“Pago con huevos, no tengo dinero.”

Arre, arre, cajerito; arre, arre, empresarito;

acepta de cada cual lo que tenga,

dinero, huevos, gallinas

que el concierto ya comienza.

Se levanta la colcha y estalla un aplauso

Jewel Katz saluda desde el escenario;

un chico a los gritos pide “chocolatines”,

otro llora que quiere ir al baño.

Arre, ríe, Jévele; arre, alégralos, kétzele;

estos son judíos de trabajo y esfuerzo;

eres un artista judío

y a la vuelta sólo te llevarás el éxito...

* Jévele: diminutivo de Jewel. Kétzele: diminutivo de Katz, apellido que es anagrama de “cohen tzedeck”, es decir “sacerdote justo” en hebreo, pero aquí el autor juega con su significado literal en ídish, lengua en la que katz significa gato y kétzele, gatito.

Bashevis Singer en América Latina, América Latina en Bashevis Singer

"Todo fue como un largo sueño, el viaje de dieciocho días en barco hasta la Argentina, los encuentros con mis paisanos polacos en Montevideo y en Buenos Aires, mi conferencia en el Teatro Soleil y, después, la excursión en automóvil a la vieja colonia judía en Entre Ríos, donde debía dar una conferencia. Fui en compañía de una poeta de lengua ídich, Sonia Lopata, que leería unos poemas suyos. Hacía calor aquel sábado de primavera. Pasamos por adormecidos pueblecitos bañados por el sol, cuyas casas tenían todos los postigos cerrados. La polvorienta carretera discurría por entre grandes campos de trigo y ranchos en los que millares de cabezas de ganado vacuno pastaban sin necesidad de que nadie los vigilara. Sonia hablaba en castellano, idioma que yo desconozco, con el chofer. Al mismo tiempo me daba palmaditas en la mano, me la tomaba, me la pellizcaba. Llegó incluso a clavarme la uña de su dedo índice. Oprimía su pierna contra la mía. Todo me parecía muy raro y muy conocido al mismo tiempo."

Así comienza *La colonia*, uno de los cuentos que el gran narrador de lengua ídich Isaac Bashevis Singer, dedicó a su viaje al sur de América Latina. No son muchos los que aún recuerdan aquella visita que el autor de *La Familia Moskat* hizo en 1957 a esta parte del mundo (1), y son menos aún los que se detuvieron --si es que alguno lo hizo-- a seguir las huellas de aquel viaje en su obra.

La ciudad de Buenos Aires aparece mencionada en varios relatos de Bashevis, fascinado por la leyenda negra que durante toda una época unió el nombre de esta ciudad a la prostitución y a la trata de blancas organizada (2), pero hay tres cuentos suyos directamente dedicados a recrear episodios de ese viaje: *La colonia* (3), que describe su dramática visita a una colonia judía de Entre Ríos; *Janka* (4) que tiene lugar en una siniestra Buenos Aires, y *Una noche en Brasil* (5) cuyo escenario es un suburbio de Río de Janeiro. En estos tres cuentos, relatados en primera persona, impera esa especie de realismo fantástico tan propio de Bashevis, que toma sucesos cotidianos cuya realidad quiebra de pronto para dar lugar a una otra realidad,

ominosa, fantasmal, que habría estado allí siempre, y en la que nos deja sumidos al volver la última página. Sólo que en este caso los escenarios donde suceden esos hechos extraordinarios no son aquellos donde Bashevis los monta siempre; no suceden en Varsovia ni en Lublín ni en Bilgoray ni en Tishevitz, ni en Nueva York siquiera, sino en lugares familiares, aquí nomás, al lado nuestro. En las porteñas calles Junín o Corrientes, en un pueblito de Entre Ríos, en un teatro marplatense, en las afueras de Río de Janeiro. La América Latina que pinta en esos cuentos, es un sitio exótico y salvaje, inquietante, amenazador incluso.

En esos escenarios despliega su habitual tuteo con el misterio, con lo sobrenatural, dando por sobreentendido que lo diabólico es un dato más de una realidad, en la que un mismo personaje puede ser poseído sucesiva o simultáneamente por las pasiones más extremas. Los protagonistas de sus relatos no son sólo las personas; también lo son el placer y el sufrimiento, lo sutil y lo grosero, la sensualidad y la violencia, la depravación y el amor. Tanto bajo ropaje judío ortodoxo como bajo ropaje moderno, hierva la comedia humana, la tensión entre el abismo y la espiritualidad. *“La función del escritor --dijo alguna vez Bashevis-- es leer la naturaleza de los personajes de Dios, y Dios también dejó sus huellas sobre el barro que usó para crear a los extraviados.”*

Por aquel entonces yo era colaborador permanente de un diario, y por hablar ídish me encomendaron que lo entrevistara y siguiera de cerca sus conferencias, de modo que conversé a menudo con él durante aquella estada suya en Buenos Aires.

Ni bien llegado, Bashevis se mostró ansioso por caminar las calles porteñas cuya particular fama lo había fascinado desde siempre. Para su primera conferencia faltaba una semana, tiempo que aprovechó andando la ciudad. Cuando volvimos a vernos comentó que Río de Janeiro, donde su barco había hecho escala antes de arribar a la Argentina, lo había impresionado como una ciudad poseída por la poesía; Buenos Aires, en cambio, le resultaba una ciudad en prosa, dramática, sin decoraciones, una ciudad hecha para vivirla y no para turistas, una ciudad densa, nerviosa, con todas las vivencias y problemas de una gran metrópolis. Siendo prosista, si tuviese que elegir entre ambas, aseguró, sin dudarle elegiría vivir en Buenos Aires.

La Buenos Aires que alienta en su cuento *Janka* es misteriosa, habitada por gendarmes, duendes y fantasmas. *“Aquel viaje fue un desatino desde el comienzo*

mismo. En primer lugar, desde un elemental punto de vista económico, no me convenía abandonar Nueva York y mi trabajo durante casi dos meses y medio para viajar a la Argentina a dar algunas conferencias; en segundo lugar debí haber tomado un avión en lugar de arrastrarme con un barco durante dieciocho días. Pero yo ya había firmado un contrato y recibido los pasajes del empresario Jatzkl Poliva.” Así comienza Janka.

“...Jatzkl Poliva me llevó con su coche a un hotel de la calle Junín , una calle que alguna vez tuvo fama de ser un centro de prostitución. Poliva me dijo que el barrio había sido saneado y que allí se alojaban todas las visitas literarias. Los tres cenamos en un restaurante de la calle Corrientes y Jatzkl Poliva me dio el programa de todas mis actividades en la Argentina. Daría una conferencia en el Teatro Soleil y en la sala de la Comunidad, (en la calle Pasteur), también viajaría a disertar en Rosario, en Mar del Plata y en colonias judías, como Moisesville y algunas de Entre Ríos.”

Y más adelante cuenta: “El largo día me había agotado y en cuanto Janka se fue me derrumbé vestido sobre la cama y quedé dormido. Pero me desperté a las pocas horas. Había llovido durante la noche y el cielo estaba cubierto. Resultaba extraño estar a miles de millas de mi actual hogar, Nueva York, en un país ubicado al sur del mundo. América estaba llegando al otoño y aquí se abría paso la primavera. Me resultaba difícil darme cuenta si aún era de noche o si el sol ya se había levantado pero estaba oculto por las nubes. La calle Junín se extendía húmeda, se veían casas viejas y tiendas cerradas con cortinas metálicas. Desde mi ventana distinguía techos y edificios de otras calles. Aquí y allá titilaba un resplandor rojizo en una ventana. ¿Algún enfermo? ¿Algún muerto? En Varsovia, siendo un chico, había escuchado a menudo escalofriantes relatos acerca de Buenos Aires. Que pequeños coches andaban por las calles de Varsovia atrapando muchachas. Un rufián atraía con engaños a una chica pobre o a una huérfana, la llevaba a un sótano y trataba de pervertirla con promesas, con joyas baratas, y si no aceptaba ser prostituida la golpeaban. (...) Ahora Varsovia está en ruinas y yo estoy en Buenos Aires, precisamente en el barrio donde todas estas desventuras tuvieron lugar.”

Extraños temores asaltan al alter ego de Bashevis: --“¿Y si resulta que mi viaje a la Argentina fue en realidad un viaje al otro mundo?”-- sumados a otros temores tal vez no tan extraños: “En la Argentina hasta podía estallar una sangrienta revolución.”

“No hacía mucho que había sido depuesto Perón y en la Argentina reinaba una crisis política y tal vez también una crisis económica. Buenos Aires no contaba, aparentemente, con suficiente energía eléctrica. Las calles estaban semioscuras. Aquí y allá se veían de guardia gendarmes armados con fusiles. Janka me tomó del brazo y caminamos a lo largo de la calle Corrientes.”

Janka, la protagonista, cuyo nombre lleva el cuento y que guía al escritor por una laberíntica Buenos Aires, aparece y desaparece con la ciudad. El relator la vislumbra luego entre el público marplatense durante una conferencia que dicta en esa ciudad, para volver a esfumarse en cuanto la conferencia llega a su fin.

La colonia incluye escenas más significativas y reconocibles, en especial aquella parada al anochecer en las cercanías de una colonia agrícola judía entrerriana. “Llegamos a la posada en la que habíamos proyectado pasar la noche. En el patio había una mesa de billar y unos barriles rebosantes de libros desencuadernados y con las hojas rasgadas. Una mujer con aire de española planchaba una camisa. A uno y otro lado del patio había puertas que se abrían a los dormitorios sin ventanas. Me asignaron una habitación y a Sonia otra contigua a la mía. Yo creía que alguien acudiría a recibirnos, pero nadie vino. Sonia se encerró para cambiarse las ropas. Salí al patio y me acerqué a uno de los barriles. ¡Dios santo! Estaba lleno de libros en idish que ostentaban sellos de bibliotecas públicas. En la semioscuridad del ocaso leía títulos de obras que me habían entusiasmado en mi juventud. (...) Ahora no podía leer, pero toqué sus cubiertas y acaricé sus páginas. Oí el olor a moho que despedían. Saqué un libro del fondo y me esforcé en leer el título a la luz de las estrellas. Apareció Sonia en bata y zapatillas, con el cabello suelto. Me preguntó: ‘¿Qué haces?’ Y contesté: ‘Visito mi propia tumba!’”

Una noche en Brasil relata el encuentro, en las afueras de Río, de un escritor -- su alter-ego literario-- con una extraña pareja: él, un grafómano judío que lo abrumba con sus escritos filológicos; ella, una delirante mujer que intenta seducirlo. Todo envuelto en un bucólico y salvaje paisaje brasileño. “...Ella abrió de un tirón la puerta a un enorme jardín cubierto de hierba detrás de la casa. La lluvia había cesado el día anterior y el atardecer era fresco, envuelto en olores tropicales y brisas oceánicas. El sol rodaba hacia el oeste como una brasa, tiñendo de un rojo ardiente los restos de nubes de

la tormenta. Lena encendió la radio y escuchó un rato la noticias, mientras yo prestaba oído al canto de los pájaros que venían a pasar la noche sobre las ramas de los árboles. Yo nunca había visto en libertad pájaros de ese colorido. Aún flotaba por aquí en todo su esplendor la fuerza del Génesis.”

Luego: “La noche cayó abruptamente, como si de pronto se hubiera apagado una luz celestial. El aire de la habitación se llenó de minúsculos mosquitos y de moscas. Enormes escarabajos comenzaron a brotar de grietas de las paredes y el piso. Lena dijo: ‘La vida es tan exuberante aquí que de nada sirven redes ni mosquiteros. En el Gymnasium me enseñaron que la materia no puede atravesar la materia, pero eso era cierto para Polonia, no para Brasil.’”

En ese clima Lena le confiesa que se halla poseída por un dibuk y lo incita a que lo compruebe palpándole el vientre: “Lena me tomó del brazo, apagó las luces y abrió la puerta al jardín. Una ola de calor como salida de un horno me golpeó el rostro. El cielo se veía bajo, densamente cubierto de constelaciones sureñas. Las estrellas parecían enormes racimos de uvas de un viñedo cósmico. Grillos aserraban árboles invisibles con invisibles sierras. Ranas croaban con voces humanas. De bananeros, flores salvajes y espesas hierbas, se levantaba un vapor seco que me atravesaba la ropa y me oprimía con un calor asfixiante. Lena me conducía a través de la oscuridad como si estuviese ciego. Mencionó que por allí reptaban víboras y lagartijas, pero que no eran de las especies ponzoñosas. Alguien, en el barco, me había contado en broma que lo que el gobierno de Brasil roba durante el día vuelve a crecer de noche. Me parecía ahora que yo podía percibir las savias fluyendo a las raíces y transformándose en mangos, bananas, papayas y ananás. Lena inclinó la hamaca para que yo pudiese entrar, le dio un juguétón envión y pronto estuvo acostada a mi lado. Entreabrió el kimono que cubría su desnudo cuerpo, tomó mi mano y la colocó sobre su abdomen...”

La sensualidad y el misterio que alimentan toda la obra de Bashevis cobran un color y densidad diferentes cuando transcurren en Buenos Aires o Río de Janeiro. En esos cuentos y de la mano de Bashevis Singer, la literatura ídish se impregna de realismo mágico latinoamericano.

(1) Isaac Bashevis Singer (1904-1991 / Premio Nobel de Literatura 1978) llegó con su esposa Alma a Buenos Aires en la mañana del 7 de octubre de 1957 a bordo del vapor "Río Jáchal", tras una escala en Río de Janeiro. Venía invitado por el diario Di Presse y por la Sociedad de Escritores Ídich de la Argentina, a dictar conferencias en la capital y en el interior del país. Su primera conferencia, el 14 de octubre en el Teatro Soleil, se titulaba "*¿Pueden los judíos seguir siendo el pueblo del libro?*" La siguiente conferencia fue el 27 de octubre en el Salón Teatro de la AMIA, sobre "*Buscadores de Dios entre judíos y no judíos en nuestros días*". El 7 de noviembre estuvo en Montevideo y el 13 en Dominguez, Entre Ríos.

(2) Por ejemplo, tangencialmente en *El Spinoza de la calle Market* (Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1967, pg. 18) y a lo largo de todo el relato, en *Escoria* (Ed. Planeta, Barcelona, 1991).

(3) En *Un amigo de Kafka*, Ed. Planeta, Barcelona, 1973, pg. 180/191.

(4) En *Di Goldene Keit*, número 83, Tel Aviv, 1974, pg. 74/88.

(5) En *Uma noite no Brasil e outras historias*, Editorial Guanabara, Brasil o en *Old Love*, Farrar Strauss Giroux, NY, 1979

Epílogo

Las páginas de este libro constituyen una primera aproximación a algunas de las formas que tomaron los encuentros entre el paisaje lingüístico, humano y físico de América Latina y el universo de la lengua ídish, una lengua que tras los dramáticos hechos que la tuvieron por protagonista, pareció haber entrado en una irreversible crisis terminal.

En Latinoamérica la influencia del ídish describió, desde finales del siglo XIX y hasta los años '60 del siglo XX, una parábola que acompañó el auge y la declinación de la vida ideológica, literaria y periodística en ese idioma, en boca de las primeras generaciones de inmigrantes de Europa Oriental. A partir de su paulatina desaparición, el mundo del ídish se vio confinado cada vez más al recinto de la cátedra y al de la investigación.

Pero desde fines del siglo XX y en lo que va de éste, ese inexorable apagón del ídish como instrumento vivo de creación y comunicación, comenzó a verse atravesado por raudales de luz que vienen cruzando todas las fronteras, incluidas las de América Latina. Hoy la letra y la literatura ídish viven y se multiplican en internet, la red de redes, tal como su melodía y espíritu, crecen y cobran insólitos auditorios con el impactante auge de la música klezmer.

La paradoja actual consiste en que los mismos ácidos que disuelven las singularidades, las refuerzan. La globalización y la hipercomunicación son virus que carcomen y liman los matices, pero también convocan anticuerpos que llevan a pueblos y comunidades a aferrarse con desesperación a sus voces más entrañables y a servirse precisamente de las poderosas redes informáticas para afirmar y difundir su particularidad.

Es el caso de la lengua ídish, que circula --sobre todo transliterado en letras latinas-- por centenares de foros y sites, a través de los cuales muchos miles de navegantes hambrientos de ídish intercambian informaciones, memorias, preguntas, respuestas, cuentos o poemas. En un nuevo soporte pero conservando su honda intimidad dialogan así en ídish via red Montevideo con París, Sidney con Nueva York, Ottawa con Buenos Aires, Jerusalem con México, Caracas con Vilna.

Otro ámbito que expresa esa extraña vitalidad del ídish lo constituye el de la música klezmer, una música surgida hace varios siglos de pequeños conjuntos instrumentales de Europa Oriental, y conjuga en su clima melodías gitanas, eslavas y jasídicas, blues y jazz, embebidas en el fuerte licor agridulce de la alegre nostalgia judía. Existen hoy en el mundo centenares de conjuntos klezmer alemanes, húngaros, franceses, israelíes, americanos, polacos, argentinos, integrados por hombres y mujeres, por viejos y jóvenes, por judíos y no judíos. En el mundo están de moda festivales de música Klezmer que duran varios días: uno cada año en Cracovia, uno hace poco en Canadá, otro en Vilna, uno pronto en Buenos Aires...

El aroma, la letra, la voz y la melodía de la lengua ídish, multiforme, íntima, inquieta, contestataria, dramática y alegre, está muy lejos aún de haber escrito su último capítulo en el mundo en general y en América Latina en particular.

Índice

*Introducción

*Ídish, el país de la palabra

*El ídish es también Latinoamérica

- Moishe Pinchevsky, Hogar (Argentina)
Itsjok Ianasovich, Latinoamericana (Argentina)
Leizer Aijenrand, La balada de Humahuaca (Argentina)
Kehos Kliguer, Little Rock (Argentina)
José Rabinovich, Conventillos (Argentina)
Marcos Alpersohn, Hacia nuestras tierras (Argentina)
Marcos Alpersohn, El pampero (Argentina)
Marcos Alpersohn, El gaucho Barrabueno (Argentina)
Aarón Faierman, Un visitante nocturno (Argentina)
Itsjok Berliner, Contrastes (México)
Iankev Glantz, Aldea indígena (México)
Iankev Glantz, Pasos en las montañas (México)
Iankev Glantz, Como ramas secas, tu ira (México)
Moishe Dovid Guiser, Prodigios de las calles santiaguinas (Chile)
Moishe Dovid Guiser, Manzanitas rojas (Chile)
Moishe Lakietch, Brasil (Brasil)
Arn Tzeitlin, Anochecer en La Habana (Cuba)
Arn Tzeitlin, Los príncipes de los orígenes (Cuba)
Osher Schuchinsky, En el puerto de La Habana (Cuba)
Osher Schuchinsky, El Central Chaparra (Cuba)
- ### *¡Andá a cantarle a Jevél Katz!
- Jevél Katz, Basavilbaso
Jevél Katz, En un conventillo
Jevél Katz, Mi turné por la provincia

*Bashevis Singer en América Latina y América Latina en Bashevis Singer

*Epílogo